


TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA

ELOGIO

DEL REY DON ALONSO EL SABIO

PREMIADO

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN JUNTA QUE CELEBRÓ EL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1782.

SU AUTOR

DON JOSEPH DE VÁRGAS Y PONCE,

GUARDIA MARINA DE LA REAL ARMADA.



MADRID MDCCLXXXII.

POR DON JOACHÎN IBARRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M. Y DE LA REAL ACADEMIA.

CON SUPERIOR PERMISO.

Onde conviene mucho al pueblo, que así como en la vida son tenudos de honrar al Rey, que así lo fagan á su finamiento.

DON ALONSO Ley 19, tít. 13, Part. 2.

Acucioso debe el Rey ser en aprender los saberes : ca por ellos entenderá las cosas de los Reyes, et sabrá mejor obrar en ellas.

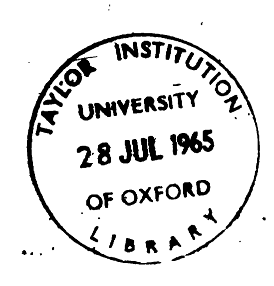
DON ALONSO Ley 16, tit. 1, Part. 2.

Los sabios antiguos, que fueron en los tiempos primeros, é fallaron los saberes, et las otras cosas, tovieron, que menguarian en sus fechos, ó en su lealtad, si tambien no los quisiesen para los que habian de venir, como para sí mesmos, ó para los otros que eran en su tiempo.

Prólogo del mismo DON ALONSO á la Crónica General.

Como yaz solo el Rey de Castilla,
Emperador de Alemania que foe:
Aquel que los Reyes besaban el pie,
E Reynas pedian limosna é mancilla:
El que de hueste mantuvo en Sevilla
Diez mil de á caballo, et tres dobles peones,
El que acatado en lejanas naciones
Foe por sus Tablas, é por su cochilla.

El mismo DON ALONSO al principio de sus Querellas.



ELOGIO
DE DON ALONSO EL SABIO.

Tan ingrato es el Género Humano como menesteroso, tan dispuesto á olvidar al bienhechor como tardo en conocer el beneficio. Podrá hacer su necesidad que le acepte; pero jamas su altivez se humillará á besar la liberal mano que le dispensa. Desvanecido en una quimérica presuncion, admite los presentes mas gratuitos con el desdeñoso ceño, que un soberbio amo las debidas tareas de un esclavo. Califica los dones de tributos, y negado á conocer el servicio está tan distante de la recompensa, como del agradecimiento. ¡Desdichada virtud, si necesitara para hacerse amar del aura de los pueblos! El candor de una alma grande halla su gloria en lo justo, y no necesita mas retribucion. La primera hazaña del héroe es saber hacer bien á personas, de cuyo abandono está como seguro, y apelar de estos ultrages á la benévola poste-

ridad. Merece en su tiempo para gozar en los venideros: crece la admiracion en razon de las distancias, y su yerto polvo cobra con usura quanto se le negó viviente.

¡Feliz la Era que así acoge al mérito! ¿Y podrá llegar la preocupacion al extremo de condenar un elogio debido á la época de la resurrecion del buen gusto? El siglo décimoctavo debe estar muy distante de estas sospechas. Será uno de los rasgos, que le honrarán en los futuros tal dictámen de un ilustre Cuerpo de ciudadanos, que hermanan á la severa integridad de Caton, la varonil eloqüencia de Tulio. Quando estos se juntan á señalar el gran hombre que debe ser objeto de los votos de una nacion eloqüente por genio, tienen suspensa á esta misma nacion, y á la multitud de sus héroes que creen merecerlos. Yo me imagino sus caras sombras solícitas por grangearse el único monumento, que es premio de la virtud, presentar en el Santuario de las Musas el mérito de sus acciones, su brillantez, su número. Poseidos de una emulacion noble, aun sin llegar á los Ramiros, á los Fernandos, á los Ordoños, un Mendoza, un Albornoz, un Cisnéros, un Cortes, un Córdoba, un Toledo, disputarse la preferencia, y ofrecer el vario quanto lucido espectáculo de su heroycidad á la viva ima-

ginacion de sus censores, á cuya justa rigidez ni ofusca el esplendor de los doseles, ni conmueve el estrepitoso estruendo de las armas. Sabiendo discernir la verdadera de la falsa gloria, el mérito es el solo acreedor á sus sufragios. El mérito cubierto de la púrpura, las ciencias baxo el arnes, la filosofía elevada al trono los junta, los reune, los conforma: y Alfonso, Alfonso lleva el mérito de la eleccion. Eleccion tanto mas gloriosa, quanto mas esclarecidos sean los concurrentes. Permítaseme repetirlo. ¡Feliz la Era que así acoge al mérito!

La mayor parte de los hombres proceden por preocupacion, votan por capricho, alaban sin exámen, condenan por costumbre. De aquí el calificar las acciones segun es mas, ó menos brillante la superficie, que presentan á una vista grosera, que no sabe pasar de esta misma superficie. De aquí el mirar á los literatos, no como una porcion pura y escogida de conciudadanos, que renuncian la fortuna y el descanso por el penoso arte de instruir, sino como una especie de animales raros, cuyo humor melancólico los distingue del resto de los hombres, solo aptos para entretener su indolente estupidez. ¡Con quan contrario aspecto mira al sabio el que alcanza á conocerle! No ve aquel espíritu bullicioso y fugaz, aquel ánimo arro-

gante y feroz, aquella resolucion intrépida y temeraria, que por general desgracia es el comun carácter del guerrero: ni nota aquel genio suspicaz y emprendedor, aquella intencion reservada y doble, aquel juicio agitado y vario, con que se distingue el político; ántes sí admira un espíritu desembarazado y dispuesto, un ánimo seguro y liso, una resolucion pausada y prudente, un genio abierto y noble, una intencion sana y sencilla, un juicio medido y cierto. ¡Que distinto el sabio del guerrero, á quien solo una dura necesidad puede hacer útil, y con cuyos funestos talentos, solo quando estén ociosos, será compatible la felicidad de los demas hombres! ¡Que diverso el sabio del político, cuyas atrevidas hipótesis hacen á los pueblos mas de una vez víctima de sus cálculos! El sabio, siempre útil, siempre apreciable, es blason, es honor de la sociedad á quien cupo en suerte: todos los reynos las edades todas le envidian, le apetecen y sus tareas son las delicias del Universo.

Mas por una triste fatalidad, aquellas mismas acciones de mas pompa que provecho, aquellos hombres sanguinarios, aquellos maestros del arte de destruirnos excitan, conmueven, arrastran nuestras admiraciones, y cede al aplauso de sus glorias el lugar debido á la compasion

de nuestras miserias. ¡Que honor para un Condé, para un Turenna, para un Saxê, ver elogiadas sus cenizas por las plumas mas sublimes [1] y eloqüentes [2] de su siglo! [3] La humanidad ultrajada en vano grita para confusion nuestra, que si Arístides mereció el epiteto de Justo, y Phocion el de hombre de bien, ni aquel le debió á Maraton, Salamina, ó Platea: ni este á sus quarenta y cinco generalatos.

Alguna vez, pues, habia de tener lugar un hombre, cuya primera ocupacion fué el estudio: un guerrero, que sabia arrimar la espada: un Príncipe todo para los suyos, hasta olvidarse de sí: un Rey, que entre el polvo de la campaña, que entre los afanes del trono se acordaba de las Musas: un héroe ni abandonado al furor de las conquistas, ni enervado en brazos de la ociosidad: un hombre grande, un guerrero afortunado, un Príncipe cumplido, un Rey completo, un héroe consumado, un Alfonso en fin, gran político, gran General, gran Monarca: por qualquier parte grande, ilustre, admirable. A la frente de sus exércitos pasma su valor, su presencia de ánimo, su vigor, su constancia. En el solio admira su inexôrable justicia, su tierna piedad, su cuidado en dar leyes, su zelo en velar sobre su observancia, su

[1] Bosuet. [2] Flechier. [3] Mr. Thomas.

atencion al progreso de las ciencias, al adelantamiento de las artes, de la navegacion. En el gabinete espanta su infatigable aplicacion al despacho y á las letras, su fina política, su talento en conocer los de sus vasallos, su cuidado en premiarlos. En su vida privada se nota un hijo sumiso, un esposo fiel, un padre vigilante en formar de sus hijos Reyes dignos de tal padre y de tal madre. Y en todas partes, y por todo luce su piedad, brilla su Religion y llena todos los números de un Alfonso el Sabio.

Su primer blason fuéron sus padres, Beatriz y Fernando. Beatriz de las grandes Casas Suevia y Comnena. Fernando, que debia el ser á Berenguela, quien supo renunciar el reyno para un hijo, y tomó á su cargo el criar un nieto para el reyno. Fernando, que á costa de sus virtudes conquistó el cielo, despues que á costa de hazañas ganó á Baeza, se apoderó de Córdoba, expugnó á Jaen, y triunfó en Sevilla. Pero pues tanto ayudó á esto Alfonso, toca á su vida. Dichosa porcion de Castilla, Toledo, recibe en tu recinto un hijo, que te colmará de gloria. El hará tu nombre famoso entre las gentes, no por uno de aquellos destrozos que hiciéron célebres á Timbrea [1] y Arbélas [2]: no

[1] Batalla que vencidos los Asirios adjudicó el Imperio de Occidente á los Persas.
[2] Batalla que vencidos los Persas dió su Imperio á los Macedonios.

eternizará tu nombre con hazañas, que estremezcan la humanidad, que horroricen la naturaleza, y á cuya memoria aun palpite el corazon de algunos pueblos.

Nació con una alma noble, una índole afable, un corazon magnánimo en Era tanto mejor que la nuestra, quanto ménos corrompida. Estaba mas robusto el juicio, aunque ménos alimentado el entendimiento. Tenia entónces la frugalidad los mismos patronos, que ahora el luxô: y este, mas desconocido que el nuevo mundo, quitaba á aquella las exterioridades de virtud. ¡O siglos de nuestros padres! Al modo que la parca Roma ántes de subyugar á la voluptuosa Corinto, aunque falta de pinturas y estatuas, abundaba de héroes á quien consagrarlas, la sobria España sin tesoros, sin Américas, con ménos medios de superfluidades distaba mas de corromperse. Moderados por hábito perdian con la eleccion el mérito, y á expensas de sus sudores parece pensaban en justificar nuestra vanidad. Nació, y poco titubeáron sus padres en imponerle el nombre. El respeto á los antepasados, y cierta especie de buen agüero le destinó el de Alfonso: nombre á que se habian unido los epitetos de Católico, de Casto, de Grande, de Valiente, de Noble, de Bueno, de Conquistador: nombre á que iba á unir-

se el de Sabio, y aun no era todo. *A*

Aunque las continuas expediciones de Fernando no le dexaban lugar para velar en la educacion de Alfonso, tenia en Berenguela un substituto, en quien aseguró el éxîto desde que tomó el encargo. Estaba enseñada á criar ilustres hijos. Codiciosa de hacerle aventajado, miéntras su padre á expensas del decaido Árabe, engrandecia su Estado, ella tomando por instrumento al mismo Árabe, enriquecia su entendimiento con ciencias, de que era el único depositario, reservando á otros mas dignos maestros la instruccion de la moral, para que al paso que formasen los unos sus talentos, corroborasen los otros su corazon con saludables máxîmas. De lo bien que prendió todo, dió la vida del alumno no equívocas pruebas.

Al lado de sus preceptores podemos considerar al jóven Príncipe solícito de hacerse capaz del reyno á que estaba destinado. Nada hay en el hombre mas natural, mas vivo que una innata curiosidad, que una propension á saber, que ni puede deprimir, ni satisfacer bastantemente. Aislado dentro de sí mismo, tiene un oculto estímulo á indagar, á comprehender lo que es, lo que habita, y su destino. Por limitado que sea y que se juzgue, halla en sí

A Véase la nota baxo esta letra.

disposicion á alguna cosa, á un exercicio, á una facultad. Si su entendimiento es de esfera superior, ya se cree capaz de muchas. Á los ingenios raros, á los ingenios universales está reservado no desdeñar ninguna, emprenderlas todas, y casi conseguirlas. ¡Qué espectáculo para estos! La misma sublimidad de su espíritu los arrebata, y por una especie de entusiasmo, el primer objeto á que se dexa ir, es á la investigacion de la mas hermosa parte del globo: ó porque nació para contemplarla, ó porque su misma dificultad se la figura mas digna. Lo intrincado le mortifica, lo dudoso le abruma, lo imposible le despide. Solo saca una idea mas, ó ménos confusa de su bello órden. Desciende con deseo de castigar su ignorancia, y se ciñe á los objetos que le rodean. Estos le muestran efectos, ocultándole motivos. Modesta y útil tarea, si se empeña en abrazar los primeros, porque le prestan un bosquejo de la naturaleza acomodado á su alcance. Ambiciosa imprudencia, si presume investigar los segundos, porque es el último arrojo de la temeridad. Abatido su espíritu, y harto de dudas, se encierra al fin dentro de sí mismo, donde encuentra algunos, aunque débiles conocimientos, ya en la uniformidad invariable de ciertos resultados con principios conocidos, orígen de la única ciencia, en

que no halla opiniones: ya meditando lo que debe á los demas, y lo que recíprocamente le deben, ciencia que arregla su carrera, y justifica su fin. *B*

Acabada apénas con estas ocupaciones la puericia, solicitaba Alfonso proporcion de señalarse. No se descuidó su ínclito padre, y todo convidaba, su edad, lo cercano del teatro de la guerra, que nunca estaba sin actores, la constitucion del reyno, y el carácter de la nacion. De diez y siete años enristró por primera vez la lanza, sirviendo con las primicias de su valor á sí, á la patria y á la Religion de sus mayores. Humillado el orgullo Agareno, un segundo precepto le destina á reprimir la altivez de un ilustre vasallo [1], que se negaba á su deber, con lo que empezó á experimentar, qual habia de ser la ocupacion de su vida, fluctuando entre urgencias extrañas y sinsabores domésticos.

Desde aquí todo está animado, todo está en movimiento en la vida de Alfonso: ya no habrá en el Estado resolucion sin su consejo, empresa sin su brazo. La Europa toda, fixos en él los ojos, observaba qual seria su ensayo. Breve trocó la curiosidad en admiracion al sa-

B Véase la nota baxo esta letra.

[1] Don Diego Lopez de Haro, Señor de Vizcaya.

ber que su primera campaña le valió un reyno. Hay acciones tan grandes por sí, que no se pueden ponderar sin debilitarlas. Su sencilla narracion da una idea mas completa de su mérito. Tal fué la rendicion de Murcia. Una grave dolencia detiene á Fernando: la muerte de un ilustre caudillo [1] dexa desamparada la frontera: nuestro Infante va á substituir á entrámbos: halla en Toledo Embaxadores del Rey de Murcia, que venian á ofrecer aquellos dominios con ventajas: acepta sin consultar á su padre: muda sus designios: vuela á Murcia, llevando consigo aquel Adalid esforzado, á quien una piadosa tradicion hace el Josue de España [2]: se apodera del reyno, ménos algunas poblaciones: y con una corona, que debia á su diligencia, vuelve á Fernando, quien con la nueva sería ocioso decir estaba recobrado. Acompáñale á que tome posesion de su conquista, y en un tercer viage la completa con la gloriosa toma de tres fuertes plazas [3], en que obró su valor, lo que en la antecedente su buena dicha.

Ya le llamaba otro cuidado, acabado este, porque el Monarca Portugues, desposeido por un hermano altivo y unos vasallos ingratos,

[1] Don Alvar Perez de Castro.
[2] Don Pelay Correa, Maestre de Santiago.
[3] Mula, Lorca y Cartagena.



vino á ponerle un vivo exemplar, en que repasase los reveses á que está expuesto el cetro. Sancho despojado por Alfonso, se acogia á otro Alfonso, que tambien habia de ser destronado por un Sancho. La justicia de ámbos tuvo igual desgracia; pero nada le quedó que hacer al nuestro, y en nada faltó á su ilustre huésped hasta que en Castilla le halló su fin.

Seguir paso por paso la vida de un Príncipe, descender hasta sus empresas ménos importantes, y dar una prolixa noticia de los negocios en que intervino, ó tuvo parte, podrá ser objeto de su historia; pero no ciertamente de su elogio. Este se debilita con menudencias comunes, que solo sirven para robar el lugar á aquellas acciones grandes, que deben hacer su fondo, y á las reflexîones, que dan el lleno de luz correspondiente. Mas como á estas las justifican los hechos, es necesario sembrarlos con economía, sin que se escaseen, quando contribuyen á dar á conocer los usos, costumbres y circunstancias, que pintan el carácter del héroe. Así procurarémos delinear el del nuestro, en que tanto hay que decir, evitando con estudio la fastidiosa relacion de las maniobras militares, porque son inductivas de error en la ignorancia de la táctica antigua, y porque no fuéron las que constituyéron á Alfonso el Sabio.

Dominan las naciones en el mundo como los sistemas científicos en el entendimiento: al séquito del uno sigue el desamparo del antecedente, y del mismo modo que la atraccion no fué ménos funesta á la impulsion, que la impulsion al peripato, así el Árabe no ménos terrible al Godo, que el Godo al Romano. Tocaba á los bordes de su ruina aquella valerosa raza, que unida se hizo formidable. Sus disensiones intestinas la hiciéron presa del Aragones y del Castellano, que animados de un justo odio, querian purgar la península de los advenedizos, que la usurpáron tan larga série de años. Fernando ardiendo en este santo zelo medita la toma de la Metrópoli de Andalucía. El destino habia puesto límite al curso de sus conquistas junto adonde Hércules al de sus viages. El costo calificó el precio de la empresa, que solo se hizo asequible por los mas extraordinarios prodigios de valor. Empresa en que se desmayaba, quando la presencia de Alfonso reanimó el exército, en el que obró tanto, no sin grave peligro de su persona, que mereció dexasen á su eleccion las condiciones de tan señalado triunfo. *C*

Completó Fernando su carrera: trocó de corona, y dexando á su primogénito una ex-

C Véase la nota baxo esta letra.

puesta á todas las vicisitudes de la fortuna, se ciñó la inmarcesible, que jamas le será quitada. Príncipe afortunado, que por la escala de la prosperidad supo ascender á la cumbre del merecimiento. Héroe, que acaso quejoso es uno de los candidatos, que esperan los sufragios de la nacion para elogiar sus hazañas, puesto que están ya canonizadas sus virtudes.

Cargó pues sobre Alfonso el inmenso peso de un reyno, quando la capital del Orbe y su comarca estaba devorada por dos facciones, que solo tenian razon en negársela recíprocamente. El Imperio Romano, si merecia este nombre un descarnado esqueleto, que solo conservaba la sombra, estaba disputado entre competidores, que usaban de las mas impropias armas. ¡Siglo infeliz, que apreciaba ménos el talento de un General, árbitro de la victoria, que la perfidia de un Médico Hebreo, pronto á administrar un tósigo! Dividido el Oriente de todos modos, iba madurando su ruina, desmembrándose de suerte, que quando se verificó, no merecia el nombre: semejante al caudaloso Rhin, que es un miserable arroyo quando desemboca en el océano. Nuestra ínclita Limitrofe, baxo el yugo de un Rey tan santo como desgraciado, mantenia con vigor una guerra onerosa. Su perpetua rival con ménos poderío, y ménos

altivez, aun no conocidas las ventajas de su situacion, se equiparaba al Escoces, al Húngaro, al Sueco, al Danes, al Polaco, reynos ilustres por su antigüedad; pero como los nobles de gran nacimiento y cortas rentas, de poca representacion y menor influxo. Todos en general preocupados, habia dos siglos, del fervor de ir á enterrar exércitos al Asia, sin que lo mitigase el ningun fruto. Los Moscovitas aun no eran contados entre los hombres. El Monarca Prusiano algo mas que un caballero particular. La república Bátava no exîstia. Tal era el estado político de la Europa. El Moral, la unidad de la Religion la abrazaba toda, y la perversidad de costumbres la desfiguraba, de lo que éramos los mejor librados nosotros. Pero sobre todo, mucho mas mísero y deplorable el de la literatura, sin conocimientos, sin Académias, sin aplicacion, y por colmo de la desgracia, empezando á descollar la cerviz el espíritu de disputa, y á tiranizar el entendimiento el mal uso de la escolástica, con sus voces faltas de sentido: fiebre de que por tantos siglos adoleció el Occidente, y de que los últimos nos vamos recobrando con tarda convalecencia.

No tan deplorable el estado de la península. Espiraba el reyno mas glorioso que conoció Castilla, dexando en sus nacionales, en-

tusiastas del honor, fundadas esperanzas de ir á pagar al África sus funestas irrupciones. Aragon con uno de sus mayores Príncipes ensanchaba sus límites y sus glorias. La corona matriz de las anteriores peregrinaba en sienes estrañas; pero sin menoscabo. El Portugues, legitimada su tiranía, conservaba en corto Estado sobrada reputacion. Granada al fin, vacilante reconocia á su pesar vasallage, y como can indómito, forzaba alguna vez su cadena. Mayores medras disfrutaba en las ciencias, pues á excepcion de la del gobierno de los pueblos, que la necesidad hacia florecer en Italia, nos debe la Europa quantas, cultivadas con tan buen suceso, forman hoy digno objeto de nuestra emulacion, y entónces, aunque diminutas, las abrigaba España en naturales, que miraba como estraños.

Alfonso, apénas Rey, concibió el vasto designio de hacerlas transmigrar á sus verdaderos naturales; pero antes era necesario darles expresiones, para tratarlas con decoro. Aquí, aquí está situado uno de los puntos de apoyo de sus glorias, no de los ménos sólidos, y el ménos contestado. Yacía la lengua Española, si era alguna, en el mayor desaliño, incultura y barbarie. Tan diversos dueños, tan diferentes mezclas habian alterado y corrompido la pu-

reza del dialecto de Augusto, que él hizo triunfase en España verisímilmente sobre la ruina de los de Sanchôníanton [1], y los Hannones [2]. El Godo empezó la obra que perfeccionó el Árabe, y el abandono de aquellos siglos, tan abundantes de Aquíles, como escasos de Homeros. Nuestro Monarca Sabio remedió este descuido, juntando en un nuevo lenguage, ya las expresiones de Píndaro y Aboulola [3], ya las de César y Ataulfo. Á su esmero se debe el idioma mas completo, mas rico, mas armonioso, ora por la orden de las frases, tan cabales y ajustadas, ora por la multitud de las terminaciones, tan llenas y perfectas, ora por las modulaciones de la voz, tan dulces y sonoras. Idioma, que es sin duda el primogénito del latino, y el que mas se acerca á la abundancia Ática. Idioma, que lleva tantas ventajas á todos los vivos de la Europa, ni tan pobre como el Galo, ni con la desagradable uniformidad del Toscano, ni tan escabroso como el Anglo, ni con la insufrible dureza del Aleman. Idioma que un héroe sucesor del nuestro, que los poseia todos, prefería como el mas digno para llevar sus suspiros á la divinidad. *D* Idioma al fin

[1] Célebre Escritor Fenicio.
[2] Ilustres Escritores Cartaginenses.
[3] El primero de los poetas Árabes,
D Véase la nota baxo esta letra.

que entre los Solises, los Saavedras, los Mendozas, llegó al colmo de la limpieza, al término de la esperanza. Ea, Alfonso, tus votos están cumplidos, tus afanes recompensados. Ya tu nuevo dialecto tiene santuario, en que perpetuar su culto. Ya sus zelosos Ministros, despues de exhalar el debido incienso á la memoria del gran Fundador del Templo, convidan á la eloqüencia nacional para que emplee todos los primores de sus voces en elogiar la del gran inventor del Númen. Duélome que el desentono de la mia no me dexa lugar en tan ilustre coro.

Perfeccionado tan á satisfaccion este instrumento, que le habia de servir en todas sus empresas literarias, quiso emplearle en la de mas nombre, y la que fué el orígen de todos los sinsabores, que le acompañáron hasta el túmulo. Exâltado al solio, halló, á la verdad, mucho mas extendidos sus dominios por la herencia y conquistas de su padre, mas culta la nacion, porque es la barbarie al contrario de los rios caudalosos: estos llevan mas ímpetu, aquella ménos, miéntras mas distan de su orígen; pero estas mismas ventajas traian consigo nuevos cuidados al Soberano. Veía en la variedad de pueblos, que componian su reyno, una monstruosa legislacion, que los desunia quando de-

bia hermanarlos: y aunque desde el momento que se ciñó la corona, deseaba quitar *esta multitud de fueros desaguisados* [1] era asunto que pedia todo un Alfonso.

Es la Jurisprudencia el alma de la sociedad, el muro de los reynos, la paz de los vasallos. *La ciencia de las leyes es como fuente de justicia, E y aprovéchase de ella el mundo mas que de otra ciencia* [2]. Pone límite á la ambicion del poderoso, anima la timidez del desvalido: fortalece al que debe juzgarlos contra las valientes asechanzas de aquel, contra los importunos clamores de este. El Príncipe que tiene comprehension, integridad, eficacia para conocerla, para abrazarla, para practicarla, es tanto mas apreciable, que el que solo respira victorias, quanto este destruye lo que aquel establece: el uno destruye los Estados, el otro los asegura: al segundo acompaña la discordia, al primero la quietud: á aquel el trastorno, á este el órden. Para ser Conquistador basta un Atila, un Amurat, un Cárlos XII. Para Legislador se necesita un Teodosio, un Justiniano, un Alfonso el Sabio.

No se trataba de dar leyes á un pueblo sumiso, á una nobleza dócil, prontos á recibirlas,

[1] Palabras del mismo Rey en el Prólogo al Fuero Real.
E Véase la nota baxo esta letra.
[2] *Ley* 8. *tit.* 31. *Part.* 2.

á protegerlas; era menester emplear todos los ardides del arte de reynar, para hacer conocer á los unos, lo que les favorecia, y despojar á los otros de lo que tiranizaban. Ni el proyecto podia ser mas arduo, ni las medidas mas bien tomadas. Miéntras perfeccionaba tan grande obra, y preparaba el punto crítico de su publicacion, siguió con sagaz disimulo dando sus fueros municipales á diferentes pueblos; pero para ir disponiendo los ánimos al general trastorno, que meditaba, formó el Fuero Real, que presentó por Código al primer Senado de la Nacion. Dióle como especial merced á algunas ciudades, despojándolas con tan dulce, y sabia política de sus Fueros, y Cartas-Pueblas á que estaban furiosamente asidas, preparándolas así blandamente á recibir sin inquietud la notable mudanza, la elogiada uniformidad de todos los miembros de la Monarquía en el gobierno y administracion de justicia, primer cuidado de un Soberano. [1]

Dispuestos los ánimos, aumentadas las rentas de los Ricos-Hombres para captar su inquieta fidelidad, dió á luz el inmortal Código, el mas metódico, el mas completo de quantos se conocen: con un orden el mas adequado, el mas oportuno á la constitucion del reyno: col-

[1] *Ley* 1. *tit.* 1. *Part.* 2.

mado de una erudicion asombrosa, con una pureza de lenguage, que no se habló mejor en dos siglos. Obra que le costó muchos años, y que muestra su completa instruccion en el Dogma, en los Padres, en el Derecho Romano, en la Historia antigua, en la nacional, en sus caducas leyes, inveteradas costumbres y desiguales fueros. Todo contribuyó á perfeccionar las Siete Partidas. En la primera ¡que catolicismo! ¡que pureza de Moral! ¡que rectitud de disciplina! En la segunda ¡que bien descriptas las obligaciones del Príncipe para con su pueblo, las del pueblo para con su Príncipe! Cumplió Alfonso con sus Castellanos quantos cargos prescribe al Monarca: ellos olvidáron quantos respetos exîge del vasallo. Aunque no debe reputarse por hombre el que ignora las leyes de la sociedad de que es miembro, particularmente las de estas dos Partidas debian ponerse en manos de todo jóven Español, ántes que otro libro. Allí afianzaria su fe, allí fortaleceria su espíritu, allí conoceria sus obligaciones, allí aprenderia á creer sin preocupacion, á obedecer sin esclavitud, á mandar sin despotismo. Dedicó la tercera Partida á poner órden en las guerras de particular á particular, en la destruccion de las familias, en el gusano de los caudales, en la litis, la funesta litis. Considerando

quanto mas apreciable es precaver un pleyto, que ganarle, no solo arregla los juicios, aclara los derechos; mas tambien se desvela en dictar constituciones para que los contratos, los intrumentos hechos en forma no admitan el mas leve vapor de duda, para que la voracidad de una execucion no atropelle á un inocente, ni la lentitud de un juicio ordinario desespere á un legítimo litigante con menudencias tan útiles, tan precisas al ciudadano, como prolixas, como molestas al orador. No se presta gustosa la oratoria á exôrnar los esponsales, los contratos mercantiles, la sentencia del homicida, el castigo del malhechor, el amparo de la horfandad, el privilegio de la verdadera pobreza, el infortunio de la esclavitud, el recato de la viuda, el pudor de la vírgen, el derecho del pupilo, y tantos otros cuidados, que tuvo presentes en el resto de su Digesto el sabio Legislador, para desterrar la menor sombra de ambigüedad, dañosa en todo, pésima en las leyes. No trata cosa sin definirla, no toca asunto sin darle toda su luz, no usa voz sin convenir primero en su significado.

¿Y podrá la negra envidia, inseparable compañera de los grandes hombres, deslucir en el nuestro el mérito de esta hazaña literaria? ¿Hay otra mas acreedora á los cuidados de un Sobe-

rano? ¿Pudo hacerse con mayor necesidad? ¿No correspondió el cumplimiento al designio? Ya que por estos respetos no asestó sus tiros, procuró, y hubo casi conseguido hacer problemático, si no el mérito, si no la urgencia, si no la dignidad, á lo ménos mucha parte del honor de la execucion; pero aunque eclipsó por algun tiempo el resplandor de la verdad, no logró extinguirla. Alfonso, que tenia á su favor toda la presuncion del derecho, ha reasumido este no pequeño blason de su talento. *F*

Solo le quedaba la gloria de ver puesto en práctica el fruto de sus vigilias. No estaba este premio reservado á sus dias; pues aunque Leon, Galicia, la Andalucía, y el Algarbe tuviéron la fortuna de adoptar tan santas leyes, la belicosa Castilla nunca quiso admitirlas, y sus altivos Grandes paliáron con el especioso título, de que los desaforaban, quantos desafueros les hizo cometer su no oculta ambicion, como verémos, quando, acabada su carrera literaria, corramos la de sus trabajos.

Para mitigar estos de un modo digno le habia dotado el cielo de aquella gracia, que siendo la de los mayores filósofos, la de grandes Reyes, se ve vilipendiada de los que desprecian quanto no poseen. ¿Mas estiman estos que

F Véase la nota baxo esta letra.

un ingenio sublime puede mantenerse en tanta variedad de apuros sin un desahogo tan noble? Las demas artes ni son de todas las edades, ni de todos los lugares, ni de todos los tiempos. La dulce arte de Virgilio alimenta la adolescencia, acalora la senectud, adorna la prosperidad, ampara, acompaña, consuela en lo adverso, pernocta con nosotros, con nosotros transmigra, con nosotros se hace campestre. Arte siempre deleytosa, á veces útil, arte que se ha hecho amable á muchos héroes, pues mas respetó el Macedonio en Tébas la memoria de Píndaro, que la de Epaminóndas y Pelópidas. Poseyóla Alfonso, exercitóla Alfonso; pero con un modo digno de Alfonso. Cantar los afectos de su devocion, celebrar los hechos del discípulo de Aristóteles, á quien de alguna suerte debió la salud G, y dirigir las quejas de su pluma *con habla doliente, con grita mortal* sobre los deservicios de sus Ricos-Hombres fuéron los altos asuntos de sus metros.

Un entendimiento entregado á sí mismo, viendo lo poco de que es capaz, y lo nada que ha alcanzado en el curso de sus investigaciones, pretende inquirir, si otro fué mas dichoso. Va á estudiar al hombre en el hombre. Ignorar lo que fué ántes, es constituirse eternamente ni-

G Véase la nota baxo esta letra.

ño. Su exîstencia ansiosa de conservarse y de producirse, parece se dilata, quando por la profunda meditacion de los acontecimientos se hace de todas las edades. Preciosa ventaja que conserva la historia. La historia, adorno en un particular, es necesaria en un Príncipe destinado á mandar á sus semejantes. La elevacion de los Imperios, la vida de los héroes son otros tantos modelos, que alicionan. La decadencia de aquellos, los defectos de estos, son otros tantos desengaños, que escarmientan. Nada mas agradable, mas lisonjero al amor propio que ver á los Milciades, los Emilios, los Filipos, los Scipiones como presentes, como vivos despues de tantos siglos. Nada mas conforme á un espíritu guerrero, que una bizarra emulacion, que un noble deseo de imitarlos, y no dexar vacío, ni ménos decoroso el lugar, que le toca en los anales del mundo.

Llevado de este estímulo peregrina Alfonso todos los reynos, pasa todas las eras, y saca de este viage literario grandes creces su talento, pero grandes congojas su espíritu: llena de tormentos la mente y de esfuerzo el corazon. ¿Que podrá resultar de esta contrariedad de afectos? Para el Monarca un nuevo afan, una nueva gloria: para el vasallo una nueva ventaja, un bien nuevo.

Mas deben los pueblos á los historiadores, que á los Generales. La memoria de la famosa Grecia se hubiera sepultado con la de tanto héroe, sin la apreciable sencillez de Herodoto, sin la elevada concision de Tucídides, sin la elegante exâctitud de Xenofonte. Y la Historia Romana, semejante al inmenso océano, donde todos los rios pierden aguas y nombre: historia donde se ahogan las particulares de tanto reyno antiguo, y donde empiezan á respirar las de todos los modernos: esta historia, digo, que necesitaba un talento tan vasto como sus dominios: tal vez no exîstiera á no haber exîstido Tito-Livio. El hechicero laconismo de Salustio, la acendrada política de Tácito, el magestuoso dialecto de Dion, la profunda erudicion de Dionisio dan una magnífica idea de aquel agigantado cuerpo, todo brazos, todo seso, todo espíritu para obrar, para regir, para mantenerse.

Veía esto Alfonso con gusto y aprovechamiento; pero al volver los ojos á su amada España, España, delicias de Tiro, embeleso de Cartago, gloria y azote de Roma: España presa del Árabe, domadora del mismo, hallaba competentes materiales para un soberbio edificio, y ningun arquitecto, que los acomodase. Generacion sobre generacion, siglo despues de

siglo de acciones, de empresas, de hazañas, ó abandonadas á la polilla del olvido, ó con desdoro en cronicones de un estilo bárbaro, sin el esplendor, que exîgian los fastos de tan ilustre gente. No era menester mas para empeñar á nuestro Rey en la grande obra de una historia nacional. Consultó archivos, juntó noticias, adquirió luces, y presentó al fin una, que ella misma es su mejor elogio. *H*

Ni fué este el único fruto de su aplicacion, de aquella aplicacion que le hacia proferir: *mas hubiera estimado nacer simple particular, que carecer de ciencia.* De la historia general del suyo pasó á la universal de todos los reynos, y á la de las santas infructuosas expediciones de ultramar: trabajos que ostentan quan cumplida era su noticia en todos los acontecimientos.

Alfonso pareciera mayor á no haber sido tan grande. La precision de decir algo de todo, impide se diga todo de cada cosa. El distinguido lugar, que ocupa entre los Licurgos, y los Numas, robára la atencion á ser solo; pero el coro de los Hesiodos, de los Ennios, la Grey de los Pausanías, de los Suetonios contienden por poseerle, y fuera adjudicarle resolucion bien ardua, si fueran los únicos com-

H Véase la nota baxo esta letra.

petidores. Confesémoslo. Ninguno de los antecedentes ramos de literatura fué su gusto dominante. La necesidad dirigió un talento hábil para todo. No habia leyes, y era Príncipe: juntó su estudio con su obligacion, y remedió esta falta. No habia historia, y era ciudadano: unió su ciencia con su deber, y subsanó este descubierto. No tuvo instante sin azar, y era hombre: hermanó su doctrina con sus cuitas, y exercitó la que era capaz de mitigarlas. Hubo sí otro estudio, otra ciencia, otra doctrina á que se aplicó, porque habia nacido para sabio: á que se entregó, porque era la sola capaz de saciarle: en la que excedió, y la que introduciéndole entre los Euclídes, los Ptolomeos, los Archîmedes, le dexó no inferior. Aquella ciencia á quien todas las naturales se subalternan, que forma el entendimiento, que enseña á discurrir, á buscar la verdad y analisarla, á sacar conseqüencias legítimas y demostrarlas: aquella ciencia, delicias del hombre, bienhechora de la sociedad, fecunda en descubrimientos, no en voces: llena de realidades, no de precisiones: la que en dos siglos ha dado á la sociedad mas frutos, que en dos mil años el abultado esquadron de nuestros quiméricos discursos.

Las Matemáticas son las únicas disciplinas,

que pueden satisfacer un entendimiento tan despejado como el de nuestro héroe. Las impertinentes menudencias del Derecho le hastian: las enmarañadas opiniones de la historia le desabren: las dulces gracias de las Musas le prestan un gusto pasagero. Solo en aquellas verdades profundas, llenas, abstractas, halla un alimento proporcionado. En el Soberano de las ciencias, en el cálculo, tenia un auxîliar á quantas expediciones literarias emprendiese. En la magnitud figurada, no solo el arte de mensurar, sino tambien aquella precision absolutamente necesaria á todo ente que piensa.

Con estos preparativos se dedicó á la parte mas sublime, y de la que depende el uso de muchos menesteres de primera necesidad: sin la que no podemos averiguar la figura del globo que habitamos, ni las situaciones de nuestros domicilios, ni nada casi de la ciencia Geográfica: sin la que el alma del comercio, la madre de la abundancia, la Náutica no hubiera podido exîstir, conservarse, tocar á su perfeccion: sin la que tantas, tan célebres como provechosas navegaciones, ni se hubieran logrado, ni exceptuado el que las emprendiese de la justa censura de temerario. Sí por cierto: sin la Astronomía no hubiera Cosmografía. Á ella debemos el logro del primero de nuestros

cuidados, de la agricultura, por el conocimiento de las mudanzas del ayre, de los vientos, de las lluvias, de las secas, de todas las alteraciones del barómetro y termómetro. Á ella debemos la division del tiempo, el arreglo de aquellas hermosas, de aquellas precisas máquinas, que miden la duracion de nuestros afanes, de nuestros desahogos, de nuestros reposos. Á ella debemos el órden indispensable en los negocios civiles, en los sacrosantos Misterios de la Religion. Á ella nosotros y esta misma Religion debemos un nuevo mundo.

Aunque sea difícil y casi imposible delinear las órbitas, que describen los astros, no obstante, á fuerza de ciertas hipótesis se pronostican, conformándose con las observaciones, sus orientes, sus ocasos, sus recíprocos eclipses, sus situaciones aparentes y verdaderas para cada instante, para cada dia, para cada año, ya de los pasados, ya de los que vengan. Las tablas, que presentan estos conocimientos, son de un uso infinito, y el principal fruto de los trabajos astronómicos; pero parte tan necesaria por tantos respetos, habia mil años estaba estancada sin progreso alguno. Las observaciones de Ptolomeo eran barreras, que la audacia humana no osaba forzar. Son el Hebreo y el Árabe, en quienes estaban depositadas, individuos nada

propios para alterar los conocimientos, que recibiéron de sus padres. Aquel terco, tenaz, tanto mas difícil de convertirse á lo nuevo, quanto se cree mas instruido, porque es el vulgo de los doctos, hasta en esto, contrario al vulgo de los pueblos: la sola voz de novedad á este le arrastra, á aquel le horroriza. El Árabe, de espíritu servil, se subyuga por destino, y habituado á creer sin exámen, no sabe encontrarse con la dificultad: y aunque la memoria de Geber, de Albategnio, de Arzakel y Alhá, *I* no sea ménos cara que la de Galileo, de Kepler, de Casini y la Lande, con todo, las tablas de los movimientos celestes del antiguo astrónomo habian obtenido pocas mejoras.

Para darles todas las que permitia la instruccion de aquel siglo, llamó Alfonso á su sombra quantos profesores Christianos, Judíos, Árabes, de España, de la Europa, del Oriente, *K* pudo juntar su magnificencia. Congregados en la Metrópoli para la vasta empresa, él los presidia, y en su ausencia sus maestros. *L* Él enmendaba sus trabajos: él mandaba hacer versiones del Hebreo, del Caldeo, del Árabe: él era el censor: *M* él los acompañaba á observar, para lo que los tenia junto á su persona: *N* y él finalmente formó la primera So-

I, *K*, *L*, *M*, *N* Véanse las nótas baxo estas letras.

ciedad, que para el progreso de las Matemáticas, ó lo que es lo mismo, para bien del Género humano vió Europa.

¿Y será este el lugar propio para declamar por la falta de un establecimiento tan útil? Quando la misma Europa á competencia erige Academias, forma Sociedades, ¿estará nuestro reyno, nuestra capital careciendo de una Junta tan necesaria? España, este es el mas completo elogio que pudieras consagrar á Alfonso. Su estatua en una Academia de Ciencias sería un perpetuo monumento de la gratitud española. Acaso Cárlos, no menos grande, y mas feliz, cumplirá los votos de sus vasallos.

Verificóse el logro de tantos sudores. Los movimientos lunares se arreglaron. Salieron á luz las tablas Alfonsinas. Fixadas al primer dia del imperio de su promulgador, le diéron la noble complacencia, de que el instante de su advenimiento al Trono fuese notado por un bien general: ventaja que le hacia estimarlas con un amor de preferencia. Con su poesía se sirvió á sí, con su Derecho á su reyno, con su historia á su nacion; pero con sus trabajos astronómicos á sí, á su reyno, á su nacion, y á todos los reynos, y á todas las naciones. Siglos enteros fuéron la norma de todos los Astrónomos, y si la escrupulosa exâctitud del nuestro

no las halla perfectas, tampoco lo están las de Kepler con tantos mas auxîlios: porque ¿que mucho que haya entre las observaciones de Tichô y Alfonso la misma diferencia, que entre las reglas paralíticas [1], y las Armellas equatorianas? [2]

Á lo ménos, no se le podrá disputar la gloria de ser el primer Europeo, que se aplicó á unas tareas tan útiles, de ser el padre de la Astronomía en nuestro continente. Si el cálculo debe tanto á dos Franceses, Vieta, que le dió un nuevo ser, Descártes, que le prestó tan singulares reformas, tan admirables aumentos, y sobre todo, el enlace de la cantidad discreta con la continua, para que despues se dispute entre un Ingles y un Aleman la gloria de presentar al hombre los conocimientos mas altos de que es capaz, todos, todos están obligados á reconocer en Alfonso el esencial socorro, el preciso alivio de unos caractéres sencillos, fáciles de trazar, que desterrando prolixidades y confusiones, entregó los antiguos, aunque alterados, á la parte superior del cálculo, que dándoles tantas formas, y valores, saca de incógnitas, é indeterminadas, realidades y bienes.

¿Se le negará á Alfonso un distinguido lu-

[1] Instrumento de los Árabes.
[2] Instrumento de Tichô-Brahe.

gar entre los Matemáticos, porque no es autor de alguno de tantos descubrimientos? El furor de inventar de nuestra era parece que desatiende á quien no le presenta algo de nuevo. La invencion, aun quando la engendra el estudio, es hija de la casualidad, y á pesar de tantos hallazgos, de que nos jactamos, no está muy disminuido el inventario de nuestras ignorancias. *O*

Nada prueba mas la alta comprehension de nuestro héroe, que aquel donayre, de que tanto se ha amparado la malicia para hacer un crímen de irreligion á un Monarca, cuya vida fué una serie de actos de piedad. La extravagancia de los cursos de los planetas, sus retrogradaciones, la multitud de cielos, de órbitas, de epiciclos de que veía empachado el caduco sistema de Ptolomeo, no podia ménos de exâsperarle: hizo quanto cupo en su entendimiento, pues conoció no era como se le presentaba. ¿Que podemos inferir de un ingenio, que supo desprenderse de todas las preocupaciones de su siglo? Que á haber florecido en otro, tal vez le debiéramos el sistema, que, siguiendo el idioma de la razon, parece el único verdadero, gloria que se llevó un habitante de Thorn en la Prusia Real.

O Véase la nota baxo esta letra.

Españoles, gloriaos con vuestro Alfonso, hablad con confianza á la faz del Universo, oponedle á quantos hombres grandes presentaren las naciones, y conoceréis sus ventajas. Si sus patricios os muestran al ilustre autor de la hermosa quimera de los turbillones, decidles: que el fuego de la imaginacion desbarrada, que quiso introducir el ostracismo en el cielo, llevar la mendiguez hasta á los astros, no puede entrar en parangon con la solidez de juicio de vuestro Alfonso. Si los orgullosos Insulares os manifiestan el patriota, con que tanto se honran, decidles: que fué limitado su gusto á una facultad, que si obtiene el Principado en las *Matemáticas*, no mantuvo su reputacion quando quiso tratar de historia, que inventó sus cálculos, mas hizo su Apocalípsis. ¿Pero quien es aquel que se levanta á disputar á vuestro héroe la preferencia? Hermoso y temible esquadron le acompaña: el séquito de todas las ciencias, de todos los gustos de literatura hacen formidable á Leibnitz. No os intimideis, que, aunque el único capaz de disputarle, no será suyo el triunfo. Si él presenta el vasto impracticable proyecto de una lengua universal, oponedle la realidad de un idioma hermoso, que se dilata por ambos mundos. Si ostenta su familiaridad con las Musas, no les debió vues-

tro Príncipe ménos favores. Si presume de su ciencia en la historia, responded, que trató de una gran familia; vuestro Monarca de una gran nacion. Si ambos fuéron dados al hallazgo de la piedra filosofal, aquel tiene en su contra las luces de su tiempo, que conocia *la* ridiculez; este la lobreguez del suyo, que autorizaba tal inquisicion. Si la maledicencia quiere llevar adelante el paralelo, y confrontan en el Español, y el Aleman las flaquezas de algunos discursos, cededles desde luego esta triste ventaja, porque el de vuestro Rey fué uno solo, tiene todos los visos de impostura, y la realidad y número de los del otro no merecen disculpa. Si el Filósofo moderno poseyó los arcanos de la Jurisprudencia, y para su lustre *dió* bellos opúsculos; el vuestro aventajó á Justiniano en la prudencia con que dictó su cuerpo de leyes. Si sobresalió en las Matemáticas Leibnitz, tambien sobresalió Alfonso: aquel desde el sosiego de su gabinete, este desde las turbulencias de las campañas: el uno en el descanso de una vida privada y tranquila, el otro en el laberinto de un trono y de un reyno lleno de alteraciones y turbulencias. Si el primero trató mas arduos, mas escabrosos puntos de filosofia, debiólo á los auxîlios de su siglo, pues seria tan injusto hacer reo á Alfonso de que no ha-

bló de las revoluciones de los satélites de Júpiter, como acusarle de que no promulgó leyes para la navegacion á Indias.

Quando Pedro el Grande dió á la Europa el nuevo espectáculo de que los Rusos eran hombres, animaba á aquellos racionales, que acababa de formar, demonstrándoles, que las ciencias habian dado vuelta al globo; pero todas sus especulaciones hubieran sido inútiles sin su exemplo, y sus vasallos no hubieran aprendido las maniobras de Marte, ni las de Neptuno, si él no se hubiera constituido soldado y marinero. Alfonso, penetrado mucho ántes de esta verdad, hemos visto supo dar desde lo elevado del trono lecciones de todas facultades. Supo ser legislador, filósofo, astrónomo, historiador, poeta entre una gente, que todo lo ignoraba, entre una gente, que lo supo todo con solo este modelo. ¿Que podia resultar de un Soberano, que no solo establece leyes, sino que da forma al gran Estrado en que se observen, y mejora los Ministros, que las dispensen? Que desde él tuviese orden nuestra Jurisprudencia. Inmemorial supremo Juzgado de Castilla, tu perfeccion debes á Alfonso. Alfonso recibe los holocaustos del mas venerable cuerpo del reyno. ¿Que podia resultar de un Monarca, que no solo enriquece la filoso-

sofia, sino le labra albergue, le dota servidores? Que desde entonces levantase su augusta faz el mas soberbio domicilio de las ciencias, el perpetuo oráculo de la nacion. Antiquísima Universidad del Tórmes, tu verdadero padre es Alfonso. Alfonso, recibe los sufragios de una de las mas ilustradas Juntas del Orbe. ¿Que podia resultar de un Rey no solo astrónomo, sino reformador de la Astronomía y protector de sus profesores? Poseer entonces los mas célebres, resucitar esta ciencia, introducirla en el continente. Europa, por quien te son conocidos los cielos, es por Alfonso. Alfonso, recibe los votos de todos los Matemáticos, que en el dia te veneran por uno de sus mas distinguidos patronos. ¿Que podia resultar del continuo estudio en ilustrar la nacion, recordándole sus envejecidas glorias? Haber criado alumnos de su gusto en su familia, entre sus hijos, y distinguido número entre sus vasallos. España, España, mira lo que debes á Alfonso. Alfonso, ya en el dia te consagra el premio tu nacion. Tambien la dulce poesía te tributa sus inciensos, y el sinnúmero de sus Próceres te venera como inventor de la magestad de una heroyca clase de metro, y en todos como uno de los primeros, que usaron del costoso adorno de la rima. *P*

P Véase la nota baxo esta letra.

¿Y en que tiempo llegáron á ser tanto Alfonso y su gente? ¿En que tiempo fué él sabio, culta su nacion? ¡Ah, que es muy de notar esta circunstancia en toda su vida estudiosa! Quando ni Italia habia producido á Leon X, y á los Médicis: ni Francia á Luis XIV, y á Colbert: ni Inglaterra á su segundo Cárlos. Quando estaba la Europa poseida de la mas obscura ignorancia. Quando.... En el siglo décimotercio. Tal fué Alfonso como literato.

Ya veo armarse la malicia, y destruir por el cimiento tan hermoso edificio. Tanta aplicacion á las letras haría honor á un particular; pero no á un Soberano: este se debe todo á sus vasallos, y el cuidado de sus reynos debe ser su única ciencia. Así fué en Alfonso, y su vida civil no fué ménos llena de acciones grandes. Empleó en el estudio los ratos del descanso, los momentos, que aun al Monarca se le conceden, porque es hombre. Escribió las hazañas de sus mayores; pero hizo proezas, que celebrasen los venideros. Versificó, no como Neron, que solo hizo de bueno, buenos versos. Fué dedicado á las leyes, no como aquel Jurisconsulto, que enterrado entre Códigos y Digestos, despreciaba quanto no era perteneciente al edicto del Pretor: [1] fué Matemático, no tan

[1] El célebre Jacobo Cujacio, tan imbuido en su derecho, que quan-

embelesado en sus demostraciones, como el que trazando lineas, no sintió la ruina de su patria. No sirviéron de estorbo las sutilezas de su entendimiento á las bizarrías del corazon, así como el ser el mayor de los Filósofos, no impidió á Sócrates que fuese el mas gallardo de los soldados, en era, que abundaba Aténas en héroes de ambas clases.

¡Que espacioso campo el del reynado de Alfonso! Si su orizonte estaba algun tanto cargado de obscuros vapores, que eruptó de sus impregnadas entrañas la negra region de la malicia, disipólos ya la fuerza de la crítica con la viva luz de los siglos: y la posteridad, inexôrable juez de los Reyes, no reconoce al nuestro ménos sabio con el cetro, que con el compas, ménos ilustre por la pluma, que por la espada. Si alguna vez no correspondiéron los sucesos del gobierno á las especulaciones de su elevado entendimiento, en la mayor parte lo ocasionó la achacosa constitucion del reyno, semejante á la complicada máquina de un baxel, á quien hace exîstir una multitud de otras inferiores de tan escrupuloso enlace, de tan preciso ajuste, que de su momentaneo atraso, ó instantanea anticipacion pende su destino á

do se le hablaba de los estragos del Calvinismo, respondia con la mayor indiferencia: *Nihil hoc ad edictum Prætoris.*

pesar de toda la ciencia y desvelo del experto piloto.

Dos clases de acciones hay que notar en la vida de un héroe: las que la suerte le destina, y aquellas á que él se proporciona. Las primeras no le son propias; sí las segundas, en que todo es suyo: lo vasto de un proyecto, diseño de su espíritu: lo asequible de la execucion, gage de su prudencia: lo oportuno de los medios, parto de su talento: lo dichoso del éxîto, fruto de su felicidad. Solo una de estas en Alfonso, aunque no lograda, le asegura la inmortalidad. Emprenderla le pertenecia: conseguirla no estaba en su mano. Convirtámonos al principio de su Imperio.

Elevado sobre el Trono, familiarizado con las grandes ideas, acostumbrado á remontarse á esferas superiores, le parecia estrecho recinto el de su herencia para su virtud, reducido ámbito lo que faltaba por conquistar para su denuedo. Padecen los ingenios del primer órden, á causa de unos impulsos, que los atormentan, hasta que emprenden, hasta que consiguen empleos dignos de ellos. El que habia sujetado al entendimiento español el curso, las mudanzas de la luna, queria sujetar á su imperio el curso del Uvion y del Tensif, y aun el del Níger y Nilo, y todas las lunas, que arbolaban los



fieros habitantes de sus márgenes. Empresa que no dexáron madurar sus pesados sucesos, y que frustráron á sus descendientes las mayores revoluciones políticas. Tú, América, eres reo del reposo de estos bárbaros.

El primer medio que puso en práctica fué una obra, que caracteriza su modo de pensar, lo dilatado de sus miras, cuyo olvido en nuestros Fastos, no sé si nos hace mas deshonor que agravio á la memoria del que la executó: obra como todas las suyas, en que unió la novedad á lo útil, lo necesario á lo magnífico. Hasta aquí, aunque con contextaciones, aunque con litigios, se reconoce á Alfonso por el padre de nuestra literatura, por el creador de nuestra legislacion; pero todo el reyno, pero todos sus historiadores están poseidos, ó de una rara ignorancia, ó de un olvido muy reprehensible en órden á aclamarle por el creador, por el padre de nuestra Marina. Sí, España, gustoso te doy esta nueva, de todos poco reflexîonada. Quando el soberbio Támesis, quando el rico Texêl no cargaban sobre su espumosa espalda mas que embarcaciones mercenarias, servibles en la necesidad, que se presentaba rara vez, ya abrumaba la del cristalino Bétis Esquadra Real perpetua y numerosa suficientemente, para dar la ley al poco arado océano. El Adelantado,

el gran Arsenal, la famosa Atarazana, que le servian de continuo, fuéron tambien los primeros de su clase. *Q* Como si previera el emprehendedor la notable mudanza, que unos baxeles entregados al mar en sus inmediaciones, al mando de un talento semejante al suyo, habian de ocasionar en el globo, parece que prevenia al gran Colon los medios de realizar las ideas, al parecer, mas quiméricas.

Otro destino tenian inmediato, pues sin ellas sería delirio entablar la gran expedicion; pero ántes debia asegurar la tranquilidad de los comarcanos. Si Portugal se altera despues de varios lances, sabrá Alfonso reducirle á su deber, hacerle que conozca su dependencia, darle Reyna, y por su intercesion, quanto quiso, con una liberalidad digna de llamarse Alfonsina. Si el reconocido bárbaro, que imperaba en Granada, pretende continuar la amistad, la sumision, que guardó á Fernando, Alfonso se presta á ello, concediendo mejoras á su constitucion. Si el Navarro, si el Aragones, sin mas motivos que miedo, quieren oponerse á sus designios, Alfonso les hace frente, y luego queda este amigo, aquel vasallo. *R* Si, libre de tan ruidosas ocupaciones, vuelve á considerar su proyectado viage, ya de fuera del reyno vienen á buscar-

Q R Véanse las notas baxo estas letras.

le otras. ¡Con que gloria salió de esto Alfonso! Unas extorsiones semejantes á las que han impelido á enarbolar el estandarte de la libertad á trece Provincias, obligáron á una espaciosa, que poseía el mismo dueño á la otra parte del océano, á acogerse á la sombra del Trono Español, alegando lo incontextable de su derecho. Entónces, como ahora, siguióse el rompimiento entre los Monarcas, y entónces, como ahora, muchas ventajas á favor de la causa justa, hasta que escarmentado, rogó con la paz el Anglicano. Los oráculos políticos vaticinan, que Jorge Tercero mirará al Tercero Cárlos, como Enrique, tambien Tercero, á Alfonso el Sabio. Este, que reputaba vencido su valor, quando no quedaba vencedora su generosidad, usó de ella con sus nuevos amigos. ¡Que magnificencia en las bodas, que siguieron á este tratado! ¡Que concurso de Príncipes! Que!... No podemos abrazarlo todo. Tú, testigo de los tiempos: tú, luz de la verdad: tú, embaxadora de los siglos, vida de la memoria, maestra de la vida: tú, Historia, recoge tantos hechos acreedores á la mas valiente amplificacion, ordénalos, preséntalos á los que los indagaren.

Vuelve Alfonso sus miras á su principal cuidado, y apénas fortalecia sus intentos, impetrando gracias que los auxîliasen, quando se hi-

zo preciso allanar otros obstáculos. No dictaba la prudencia ir á buscar Africanos de la otra parte del mar, quando se tenian en nuestra comarca. Ántes de ganar lo ageno, era preciso recuperar lo propio: era menester que no se enarbolase en Andalucía otro pavellon, que el Castellano. Ya está hecho. Alfonso gana á Xerez, sus hermanos, sus generales le hacen dueño de Arcos, de Nebrixa, de la antigua Sidonia, de la opulenta Cádiz, de un gran número de otras poblaciones. Sí el Rey de Niebla, fiado en la fuerza del sitio y en las desavenencias con los vecinos, pretende sublevarse, en breve, burlada su obstinada resistencia, volverá Alfonso á él al número de sus vasallos, á su reyno al de sus dominios. Igual suerte hubiera padecido el Régulo de Texada, si no hubiera escogido ir á humedecer las arenas líbicas con el água, que sacaba á sus ojos la pérdida de las últimas posesiones agarenas.

Así se ocupaba Alfonso en la parte mas occidental de Europa, quando hácia la del norte se le preparó una eleccion tan gloriosa, como desgraciada. Queria su mérito sentarle sobre el Trono de Carlo Magno, sin consultar su fortuna: y esta, y no aquel, es árbitro del premio de los mortales. La fama de nuestro Monarca, aquella fama, que dos años despues le

traxo dones de las últimas regiones del Oriente, qual á otro Rey Sabio á Palestina: aquella fama, que le hacia contar el número de sus triunfos por el de sus acciones, resonó en los oidos de los Príncipes Alemanes, quando, por muerte de Guillermo, debian declarar Xefe al Cuerpo Germánico. ¿Será de nuestro deber hacer la descripcion del estado de este Imperio, con que van á convidar á Alfonso? Ah! dispénsesenos tan macilenta pintura. Hartos horrores están aun reservados á la vacilante pluma, sin tener que sobrecargarla de otros, que los propios. Baste saber, que desde el primer Cárlos es preciso correr diez Emperadores, y con ellos cien años de guerras civiles, y todo género de infortunios hasta el primer Enrique: de este hasta el segundo igual época de iguales desastres: en unos, como en Othon Primero, por las infelicidades del tiempo: en otros, como en Othon segundo, por la depravacion del natural; pero aun eran sombra de los que en los dos siglos inmediatos habian de hacer gemir á la infeliz Germania, á la triste Italia. La larga enemistad entre el Imperio y el Sacerdocio, rotos los límites de ambas Potestades, introducia á este en los intereses del Trono, y al Trono en los del Santuario. Temibles anatemas, formidables exércitos llenaban de furor

los ánimos, y la tierra de sangre. Ningun modo de deshacerse del enemigo era reputado por infame, ó por torpe, y el que habia burlado la muerte entre todos los rigores de las armas, la hallaba en la perfidia de una traicion, ó en la vileza de un veneno.

Para cortar este torrente de iniquidades, la mayor y mas sana parte de aquellos, en quienes estaba depositado el poder de elegirse un dueño, volvieron sus miras á Alfonso. En los méritos personales ¿quien mas completo? Edad lozana, nobleza heredada, opulentos Estados, valor con que ensancharlos, prudencia con que regirlos, y una felicidad no desmentida hasta entónces. *Veian que era el mas excelso sobre todos los Reyes, que eran, ó fuéron nunca en los tiempos dignos de memoria: que amaba mas que todos la paz, la verdad, la misericordia y la justicia: que era el mas christiano y fiel de todos.* [1] En la sangre ¿quien mas próxîmo? Beatriz, ilustre vástago de Felipe y Federico de Suevia, depositó en Alfonso todos los derechos de esta Casa, y á mas, con todas las reynantes de Europa tenia estrecho deudo, pues fuera del de Aragon y Portugal, Luis de Francia, Christóforo de Dinamarca, Uladislao de Bohemia, Enrique de Brabante,

[1] Expresiones del instrumento de proclamacion de los Pisanos.

Conrado de Sicilia lo eran en segundo y tercer grado, y afines el Ingles Eduardo, y Hanquino el de Noruega. Querian pues un Español esforzado, vencedor de bárbaros, como Trajano: sabio infatigable en el despacho, como Adriano: de la virtud, del zelo por la justicia de Teodosio: que si á estos tres Españoles debió tanto el Imperio, ¿que no podia esperar del que reunia sus prendas?

Á pesar de tantos méritos no pudo prevalecer acuerdo tan justificado: y una union de partidarios, á quienes compró la codicia de un Príncipe Ingles, con unos votos venales eligiéron Emperador al que supo corromperlos, y por uno de aquellos trastornos de que no se puede asignar la causa, sujetó la eleccion írrita á la válida, la ilegítima á la legal, el menor al mayor número, el odio á la razon, y la corrupcion al desinteres. Llegó pues la primer nueva á Alfonso: admitió rogado, hizo actos de Soberano de Alemania en Castilla, nombró su Vicario, obsequió á los Príncipes, colmólos de rentas. Pero ni esto, ni diez y ocho años de pretensiones, en el curso de quatro Pontificados, pudiéron hacer valer su derecho. Acaso hubiera sido nuestro Alfonso Emperador de las Germanias, si como otro Alfonso Emperador de España, hubiera mandado un buen Cid

á que esta misma Germania conociese su dependencia; pero una cadena de raros incidentes se lo estorbáron.

Los Árabes, en quienes es genial la inquietud, tratáron de sacudir el yugo de la obediencia. Granada, Murcia, el resto de Andalucia se levantó: très victorias domáron al Granadino. Ganó á Murcia el Aragones, y entrególa: un nuevo sitio recuperó á Xerez, y otros á las demas plazas. Con igual facilidad se apagáron algunas revoluciones domésticas, centellas de un fuego, que iba á abrasar todo el reyno, y cuyo orígen es digno de saberse.

Abrigaba Castilla una nobleza aguerrida, pero libre: frugal, pero indomable: de tan inveterado valor, como ardimiento, y á su frente la gran Casa de Lara, funesto dón de la cólera del cielo, á quien una série de ofensas contra su Señor natural, junta á otra, tal vez mayor, de grandes servicios habian puesto en posesion de alborotar el reyno, y de no serle perjudiciales las conseqüencias. El Xefe de esta ilustre familia, destinada para azote de Castilla, mal contento por unas abultadas quejas, de que no queria satisfaccion, olvidado de una multitud de beneficios, de que no era benemérito, convocó la nobleza, cuya voz llevaba, acaloró los ánimos, y enarboló al fin el estandarte de

la rebelion, cuyos motivos (los verdaderos y ciertos, no los fútiles que proferian, pues, como en todos los levantamientos estaba la voz muy distante del ánimo) se cifraban todos en un bien universal, que quiso hacer Alfonso. Una de las leyes [1] de su nuevo Código anulaba todo juicio hecho por el antiguo libro de las Fazañas, ídolo de los hijosdalgo, en que una sentencia errada, vuelta en costumbre, autorizaba el desacierto y perpetuaba la injusticia. Este santísimo estatuto, que desnudaba á los Ricoshombres de privilegios gravosos á la plebe y al Trono, fué el verdadero estímulo, que los enardecia. La benignidad, la bondad Real dió alas á su atrevimiento. La dulzura aumentó su arrojo. Para contenerlos, juntó el Monarca aquel gran Consejo, que, como recurso único en los últimos apuros, se congrega raras veces: no como la Dieta de Ratisbona de solo Príncipes, donde á cada voto puede acompañar un exército: no como la de Varsovia, donde unida la tumultuaria nobleza Polaca, la protesta de un individuo inutiliza la resolucion del Cuerpo: no como la de Lóndres, donde el ínfimo pueblo regla hasta las diversiones del Soberano; sino un concertado Areopago, donde diputados de todas las

[1] *Ley* 14, *tit.* 22, *Part.* 3. Como non vale el juicio que es dado so condicion, ó por fazañas.

clases del reyno pesan con madurez las urgencias y los remedios, los cargos y la satisfaccion. Juntas pues Cortes, conocióse la razon de Alfonso, que cedió no obstante, cedió á la necesidad, y otorgó quanto querian los ambiciosos Laras y sus aliados. Pero quando debiera esperarse que calmaría sus alborotos con un paso no previsto, desaforados segun la costumbre del tiempo, fuéron á sembrar la disension, perpetua compañera suya, al palacio, que les prestó su acogida. Corramos un velo á estos atentados, y perdone la pluma la memoria de los que á ruego de su primogénito quedáron tambien por Alfonso, proporcionando á ellos y sus descendientes esclarecidos tal cúmulo de méritos, que borran hasta el recuerdo de su pasagera inquietud.

Veinte y un años de mando con tan varios sucesos habian ya corrido desde el de 1252 en que ciñó la Corona, quando acabadas, ó sosegadas por algun tiempo tantas disensiones, partió á verse con el Pastor universal, y alegarle sus derechos al Imperio. Solo sacó del penoso viage el último desengaño. La fortuna, que por tanto tiempo le habia lisonjeado con quanto puede haber mas halagueño, le tenia en depósito para la senectud el fatal vaso de sus desayres. ¡Con que magnanimidad apuró Alfonso sus amar-

gas heces! Parece viniéron los trabajos á acabar de mostrar quan grande era. Pierde el Imperio, y al volverse salió á su encuentro el melancólico genio de la desventura con el mas lúgubre tropel de sequaces. Muere Fernando, Fernando; aquel Príncipe augusto, aquel jóven amable, que era el consuelo, la esperanza, las complacencias de su padre. Á esta pérdida acompañó la de dos batallas, y en ellas la del Xefe de los Laras, y la del Primado de España, la de Jayme el Conquistador, en quien hallaba obras de amigo, consejos de padre, y últimamente la del reyno, que casi quedó hecho presa de los Bárbaros: cosas todas que se uniéron para abrumar su constancia. Todo mortificó su corazon, nada pudo abatir su espíritu. Vuelve á Castilla, hállala salva por la intrepidez de Sancho: aplícase á remediar sus menoscabos, como si al paso que sus desdichas creciese su valor.

Concedidas treguas á los estraños miéntras ponia órden en su reyno, nombró por sucesor en la corona, por no haberse aun fixado, ni establecido el derecho de representacion, al ardiente Sancho, para premiarle lo que trabajó en conservarla. Juróse, y tranquilo lo interior, como si en las grandes acciones tuviese vinculado su descanso, emprendió tomar á Algecíras, con lo que lograba, ya facilitar su expedicion

de Africa, que tantos contratiempos no le habian borrado de la mente, ya asegurar sus dominios de invasiones, ya quitar al de Granada la oportunidad de los socorros. Juntó la armada mas poderosa que vió Castilla, alistó número correspondiente de tropas, oró á su vista recordándoles sus pasadas victorias, y pertrechados de todo lo necesario, fió la conducta á dos hijos. Parten briosos, ponen el sitio, estrechan á los cercados, y quando estaban en el instante de tomar la plaza, una infame maniobra de D. Sancho, invirtiendo contra la causa pública los caudales, que enviaba Alfonso, en sus propios intereses, dió ocasion al Africano de forzar la armada falta de sustento y de soldados, y de imposibilitar el logro. Para subsanar Alfonso esta quiebra, se aprestaba á salir á campaña á pesar de sus años, quando le detuvo los pasos una dolencia. Recobróse, y por la última vez quiso teñir en sangre el Genil y el Darro. ¡Que glorioso le hubiera sido terminar en sus márgenes su vida! ¡Que triste, que agria le fué la poca restante! El que estaba enseñado á recibir en su Trono, cercado de Reyes tributarios, ya los respetos de un Soldan de Egipto, ya las lágrimas de una Emperatriz, ya la misma corona de un imperio, va.... la pluma se retrae de expresarlo.

La virtud, ni la filosofia no engendrán los hijos: fuélo Cómmodo de Marco Aurelio, y de Septimio Severo, Caracalla, como lo fué Joatan de Ozías, y Ezequías de Achâz. Éralo tambien de Alfonso, Sancho: Sancho, aquel natural turbulento, cuyo valor degeneraba en ferocidad: que de justiciero se pasaba á cruel: que debió sus hijos á un incesto: que no conoció el semblante de la paz. Sancho á quien Alfonso fió sus tropas, á quien llamó á la sucesion. Sancho que debia ser sumiso, fiel, como hijo, como vasallo concibió el horroroso crímen de destronar á su Rey y á su padre. ¿Puede haber otro mayor que promoverlo? mayor que conseguirlo? Haylo en efecto, y si no lo alcanzó, intentólo el ingrato Sancho. Aspiró á justificarlo. Para ello en una Junta que convocó la perfidia, abultó la maledicencia estas acusaciones: el homenage alzado á Portugal: los excesivos dispendios: querer entregar á Jaen al uno de los Cerdas: y el rescate de la Emperatriz de Constantinopla. Antes de oir la sentencia, veamos lo justo de estos cargos.

Permitiósele á Alfonso VI. por dote de una hija ceder de sus dominios á un Estrangero, ¿y no se le permitirá á Alfonso el X. en iguales circunstancias alzar un feudo á un nieto? ¿Si dexó al Portugues libre, no sujetó la Na-

varra? Sus gastos diéron al reyno amplísimos dominios, aumentos á las ciencias, esplendor al Trono, respeto á los de fuera, y todos, todos fuéron necesarios, ya en una Casa Real tan numerosa, ya en viages tan distantes, ya en urgencias imprevistas: ¿y heredar á los Cerdas era injusto? Donde están sus delitos? en que eran acreedores al odio de Alfonso?

Los que condenan todo aquello, de que no se sienten capaces, no pueden ménos de valdonar como excesos unos rasgos que pasando sus límites, ni aun se conceden á su admiracion. Cargar Alfonso sobre sus hombros el enorme peso de las desgracias de Baldovino, y dar al mundo el raro espectáculo de tan magnífica generosidad para con un ilustre desvalido, miéntras mas excede los alcances de las almas comunes, tanto mas distantes están ellas de apreciarlo. Quien tenga la grande alma de Alfonso, sabrá dar valor á estas circunstancias. Un Soberano que puede, un Príncipe que sufre, una Emperatriz que ruega. Alexandro y Crátes; no Parmenión, ni el pueblo pueden ser Jueces de si trató el oro como Monarca con magnanimidad, como Filósofo con desprecio.

Y como si á ser ciertos, fueran pocos estos desórdenes, osó la calumnia escalar hasta el

Trono, y manchar su fama con el borron mas denigrativo: ella divulgó, que el hijo, el sucesor de Fernando el Santo era un impío sin religion. ¡O, si me fuera correspondiente á mí exôrnar los hechos destinados á los Ministros del Templo! Yo acordara el sin número de fundaciones que hizo en tantas conquistas, los cinco nuevos Pastores que aumentó á los del reyno [1], la grandeza con que dotó al Hispalense: como en lo florido de su edad labraba su sepulcro enmedio de las aguas, para que su cuerpo exánime defendiese de Infieles un importante puerto: como el Padre universal de los creyentes le daba gracias por su zelo: como adornó las tumbas de sus Mayores con una magnífica piedad, superior á su tiempo, y admirada en el nuestro. Yo le siguiera paso á paso, y las datas de sus privilegios demonstrarian que no estuvo en pueblo, no pasó dia en que no librase, en que no sellase alguno á su Clero, á las Religiones, como él decia en todos: *por el gran sabor que habemos de facer bien, ó merced.* Yo finalmente le haría ver con la cítara y el salterio entonar loores al mas tierno objeto de la devocion, levantar á su nombre una ilustre Órden de Caballería, consa-

[1] Fundó los Obispados de Murcia, Badajoz, de Cartagena, de Silves, y de Cádiz.

grarle uno y otro volúmen, y no olvidarlos ni en su testamento.

En vano me detengo. El iniquo tribunal promulgó esta sentencia. *Que Alfonso de allí adelante no administrase justicia, y le fuesen quitados los castillos y fortalezas: que no se le acudiese con las rentas de su reyno, ni fuese acogido en villa, ó castillo.*

Solon, Licurgo, Césares, Pelayos, Conquistadores de todas las edades, Legisladores de todos los Imperios, Príncipes de todos los siglos, vosotros todos los del décimotercio, que ó recibísteis el cíngulo militar, ó cobrásteis pensiones, ú os honrásteis con el deudo de Alfonso, venid á ver á este Monarca sexâgenario, rasgado su imperial manto, usurpadas nueve coronas, abandonado de sus hijos, dexado de tanto Príncipe de su sangre, despreciado de todos los suyos. Vosotros, sabios Españoles, que le debeis tanto, Azpilcueta, Covarrubias, Agustin, Lopez, venid á ver al Reformador de nuestra Jurisprudencia: Ercilla, Villégas, Garcilaso, venid á ver al Creador de vuestro dulce arte: Zurita, Mariana, Moráles, venid á ver al primero de nuestros Historiadores: tú, ilustre Mondéjar, *T* ven, llega, mírale atentamente: correrán lustros, y el cielo te desti-

T Véase la nota baxo esta letra.

nará para sus desagravios : venid á ver solo á un Rey á quien seis Reyes le pagáron tributo, á un Soberano, de quien eran vasallos ocho Soberanos : solo, al Monarca mas célebre de su siglo : solo, al mas sabio de Europa.

Todos ménos su corazon le faltáron. En tan estremadas circunstancias castigó como Padre y como Rey: desheredó, maldixo *V* al instrumento de sus males, y se aplicó á repararlos. El mismo que tenia dispuesto llevar los caballos Andaluces á Tánger, traxo hasta Córdoba los ginetes Africanos: empeñó su diadema *X*, y con quantos socorros arbitró la necesidad, salió á campaña. Habia tiempo que le habia vuelto la fortuna las espaldas, para que le fuesen felices sus sucesos. Fuése el inútil quanto generoso apoyo, dexando á Alfonso á solos sus leales Sevillanos. Capaces fuéron de darle una victoria; no ya como las que solia lograr en la enemiga vega, sino en sus mismas posesiones, fruto de aquel frenesí, que arma al padre contra el hijo, al súbdito contra el Señor, al hermano contra el hermano. Novecientos de Alfonso se encuentran con innumerables del rebelde hijo. Batalláron las causas, no los brazos: de una parte el pudor, de otra el desenfreno; aquí la honestidad, allí el

V, *X* Véanse las notas baxo estas letras.

incesto: la lealtad con unos, con otros la rebelion: la equidad contra el crímen, la constancia contra la ferocidad, y en fin la templanza, la fortaleza, la piedad, todas las virtudes con la iniquidad, con el furor, con el parricidio, con los vicios todos. Quedó el triunfo por Alfonso; ¡pero que costoso! sangre era suya la que vertia y derramaba.

Viene Sancho á acudir al peligro: sábelo Alfonso: parte casi solo en su busca, no para ganarle otra batalla, sino para ver si podian algo sus canas venerables. Sancho, á pesar de su braveza, teme el encuentro, huye, jura no verse con su padre: entónces este, arrasados los ojos en lágrimas, prorrumpe: *Sancho, Sancho, mejor te lo hagan tus hijos, que tú contra mí lo has hecho: que muy caro me cuesta el amor, que te ove:* y siendo la primera vez que se siente la fuga del enemigo poderoso, vuelve á su leal ciudad oprimiendo su espíritu la tribulacion. Extendióse el nuevo ultrage del irreverente hijo: sus hermanos, los Grandes le abandonan en gran número: pierde á Mérida, quiere en vano recobrarla: piensa tratar de ajuste, estorbánselo sus pocos aliados: vase á Salamanca, y una aguda dolencia le arroja á los umbrales de la muerte: creyóse inevitable: divulgase la fama como cierta: salió del pala-

cio, voló á la Bética, entró en Sevilla, llegó al Alcázar, subió al Trono. Ea, Alfonso, dice, ya te vengó el cielo, ya es mi despojo tu tirano, el hijo parricida, tu enemigo perpetuo. Tras ella mil ciudades se apresuran á prestarle obediencia..... ¿A donde vais? Volved atras, id al Príncipe que estará recobrado. Alfonso ya no exîste: murió perdonándole, y perdonándoos á todos. El que sufrió con heroismo perder un Imperio, ser despojado de un reyno, verse solo, sin hijos, sin pueblos, sin vasallos no pudo sobrevivir á la pérdida de Sancho: lloróle, hasta que le acabó la congoja de su ánimo.

¿Y acabáronse con él sus desayres? Pasará el encono mas allá de sus dias? Será la posteridad tan injusta como sus hijos? Ah! las densas nieblas, que le cercáron en sus postrimeros años, han tardado quinientos en disiparse. En este intervalo, Alfonso, que conquistó tres reynos, que hizo tantos tributarios, que venció tres funciones, que no perdió ninguna, que expugnó diez y siete ciudades por su persona, y por sus armas, pasará por poco guerrero y ménos afortunado. Alfonso á quien tanto desveló la justicia, que no tuvo mas Alcázar, mas Corte, que el sitio que exîgia su persona, ya Búrgos, ya Toledo, ya Sevilla, ya el mas humilde pago,

pasará por un Monarca distraido. Alfonso, que en fomentar, en entretener la desunion entre los Arraeces y el Granadino, usó del mas fino rasgo del arte de reynar, pasará por un Príncipe falto de política. Alfonso con tanto volúmen parto de su ingenio será tan desgraciado, que este apénas le concederá una leve tintura de la esfera, aquel le escaseará la gloria de su Código, el otro el trabajo de su Crónica, y un tropel le negará el justo, el merecido epiteto de Sabio. Alfonso, que anheló por comprimir el luxô desmedido, que promulgó reglamentos mitigándole [1], pasará por un Rey, que profesaba un fausto oriental. Alfonso, de quien no habrá Santuario en las Castillas, que por prueba de su piedad no ostente, ó dotacion, ó privilegio, pasará por Soberano poco religioso. Pero pasarán, mejor diré, pasáron tan fatales influxos: llegó el reynado de la razon, la época de la crítica, el dominio de la justicia, el tiempo del discernimiento, el imperio de las ciencias, el siglo de las luces, y á los venideros se transmitirá ilesa la memoria de D. Alfonso el Sabio.

[1] El año de 1260 en la Corte de Sevilla procuró remediar con graves penas el notable exceso de los trages.

NOTAS.

A El respeto á los antepasados, y cierta especie de buen agüero, le destinó el de Alfonso. Nombre á que se habian unido los epitetos de Católico, &c.

Lo raro de que veinte y tres Reyes, que con este nombre han dominado en España, hayan sido Príncipes ilustres, nos impele á hacer un reducido catálogo de los Monarcas, que forman el elogio del nombre de Alfonso.

Glorioso principio dió Leon con Don Alfonso el Católico, cuya vida fué un texido de triunfos, y en cuya muerte tomó el cielo á su cargo las exêquias.

Alfonso, que mereció el renombre de Casto, epiteto tan honroso como el de Conquistador, que los abusos del poder hace tan raro en los Soberanos, fué el Segundo. Venció á todos sus contrarios como á sí: negó un infame tributo, mostrando su valor que no debia pagarle: fabricó suntuoso depósito al sagrado cuerpo del Patron de España, que las historias antiguas suponen hallado en sus dias: acabó lleno de glorias, de acciones y de años.

Alfonso el Grande fué el Tercero. Medio siglo de triunfos le adquirieron este nombre. No conoció la desgracia hasta que en Don Garcia halló el primer enemigo, que no queriendo vencer, dió el exemplo nuevo en España de ser destronado por un hijo, y para que sus acciones tuvieran mas similitud con las de nuestro Alfonso, escribió la Historia nacional en la época descuidada desde el reynado de Wamba hasta el de su padre: monumento precioso, que no le honra menos que sus conquistas.

Alfonso el Quarto obtuvo poco mas de un lustro la corona, que abdicó á violencias de su hermano.

Alfonso el Quinto, apénas desde una minoridad llena de trofeos preparaba su aliento á otros, quando en Viseo la perdió sobre el lecho del honor. Logró ántes haber mejorado las leyes de los Godos. Cuidado propio de Alfonsos.

Alfonso el Valiente fué el Sexto, y Primero de Castilla. Por la escala de las mayores adversidades, que sufrió con heroismo, supo ascender á la cumbre de la prosperidad, que mereció, y en que supo mantenerse la larga série de sus años. Fiel á la palabra dada á un generoso Bárbaro, esperó su fin y el de su hijo para apoderarse de Toledo. Despues de restituir su Trono á la antigua Metrópoli: despues de haber engrandecido su Estado con la conquista de un reyno: despues de haber hecho de los Príncipes enemigos Reyes tributarios, falleció, dexando á sus sucesores su exemplo, sus conquistas, y el título de Emperador, que compró á tanto precio.

Alfonso el Séptimo, nieto del antecedente, hízose coronar Empe-

rador: sostuvo una gloriosa guerra á Aragon y Navarra: púsoles la ley: dirigió sus huestes contra los Moros, de los que logradas algunas ventajas, su temprana muerte le cortó el curso no interrumpido hasta entonces, falleciendo en el campo, teniendo por lecho el arrimo de un roble.

Alfonso el Bueno, ó, lo que entónces era lo mismo, el Noble, fué el Octavo. Supo vindicar los agravios hechos en sus tiernos años conquistando lo usurpado por Leon y Navarra: y aunque su impaciencia de ganar honra le atrajo una derrota grande y una herida peligrosa, vengó esta, y se recuperó de aquella en la memorable batalla de las Navas, de las mayores de España, y de las célebres del orbe. Fundó la primera Universidad de la nacion: y despues que su dilatada progenie le hizo contar entre sus nietos á San Fernando y á San Luis, murió sin haber desmentido, ni su religion, ni sus hazañas.

Alfonso el Noveno, padre de Fernando el Santo, amado por su equidad, temido por su valor, dexó la imitacion de uno y otro á su sucesor, despues de la gloriosa conquista de Mérida.

Alfonso Décimo el Sabio, &c. &c. &c.

El último Alfonso de Leon y de Castilla reynó desde la cuna. Aunque pudo vengar los desórdenes causados durante su minoridad, se contentó con enmendarlos. Quiso emplear su vida en mas útiles acciones, y como si presintiese su corta duracion, se apresuró á coger laureles de los Bárbaros. Intentan estos vengar tantas muertes, tantas plazas, y en las márgenes del Salado dexan á Alfonso un triunfo tan señalado como el de las Navas, y de mas prodigiosas resultas. Siguió dirigiendo sus armas contra el funesto Gibraltar, donde le halló la muerte, siendo el tercer Alfonso, que encontraba con ellas en la mano.

Navarra gozó solo un Alfonso; pero Alfonso, que reunió en sí el imperio de España: que desdeñó el título de Rey: que abdicó el gobierno del mayor Estado de la península por los pundonores de la honra: que ansioso de gloria le costó muchos años de triunfos ser conocido por el Batallador: que adorado de un pueblo de quien era las delicias, mal hallado con la adversidad, á que no supo acostumbrarse, no le compensaron veinte y nueve batallas, de que no abusó, el bochorno de perder la segunda á que no quiso sobrevivir.

Aragon cuenta por primer Alfonso al antecedente, y por segundo á un Monarca, que aumentando sus Estados con los de Cataluña y Provenza, habiendo ganado muchas ventajas de los Moros, fué de sus menores prendas el valor, y acabó un reynado feliz dexando á la posteridad el problema de si lo habian de nombrar el Sabio, el Virtuoso, ó el Casto.

Alfonso el Bienhechor pudo grangearse este título en el corto tiempo de su mando, pues apénas habia asegurado su corona, ofrecida al Xefe de los Valois, y aumentádola con las conquistas de las Baleares, quando murió, aun no cumplidos 28 años.

Á Alfonso el Quarto la obediencia á su padre, y los laureles cogidos en Cerdeña le merecieron el cetro, que no quiso gozar su primogénito. Llevólo con dignidad. Vindicólo contra Castilla, y á ac-

ciones que le merecieron el título de Benigno, detuvo una temprana muerte los pasos.

El último Alfonso de Aragon, y el mas ilustre, fué el que por sus hazañas mereció llamarse el Magnánimo, y el Sabio por su aficion á los literatos. Renovó los triunfos del Capitolio en Nápoles, conquista suya, donde, despues de un reynado lleno de acciones heroycas, murió colmado de aplausos y de dias.

Fué la Monarquía Portuguesa obra de un Alfonso, á quien le costó llamarse Rey vencer á cinco: y para que este nombre pasase á sus sucesores dignamente, conquistó el reyno, la capital, el título y las armas. Hízolas respetar de Castilla, de Aragon, de los Árabes. Gozóle casi un siglo, y acabó quando no pudo con los años.

Alfonso el Segundo, tan terrible á los suyos, como á los estraños, aumentó su reyno, y le disfrutó once años.

Alfonso el Tercero, formidable á su hermano, y á todos sus enemigos, libró á su reyno de feudos, y obtenida una hija del nuestro, acabó glorioso.

Alfonso el Quarto, despues de hacer guerra á los Castellanos, se prestó á socorrerlos, quando se trató de ganar honra, con lo que tuvo en la jornada de Tarifa buena parte en el trabajo y en el triunfo.

Alfonso el Quinto, á quien sus muchas victorias de la otra parte del mar renovaron el título de Africano, mereció la admiracion de sus enemigos al ver su grandeza de ánimo en adversidades mucho mayores que sus lauros. Su vida texida de acaecimientos todos grandes, aunque no todos felices, ni acertados, acabó en el décimo lustro su carrera.

B Este reducido plan, que hemos propuesto como curso de los conocimientos de Alfonso, cuyos primeros pasos, é instruccion se ignoran absolutamente, es el natural á que se entregan aquellos hombres grandes, que se creen capaces de todo, y el que la historia presenta como carrera del hombre en comun. Despues que la necesidad, fecunda madre de nuestras invenciones, produxo entre los márgenes del Nilo la Geometría, entre el comercio Tyro la Aritmética, y en el despejado orizonte de Babilonia la oportunidad de observar, Grecia, que fué la primera que se aplicó á aprender con método, produxo á Táles y Pitágoras, que con los antecedentes instrumentos, que hallaron preparados, se entregaron á una investigacion inútil respecto á ellos, su patria y su siglo. Tres generaciones corrió el Género humano abandonado á la mania de conocer la Esfera, olvidado el hombre del hombre, y abismados entre conjeturas absurdas, hipótesis ridículas y sistemas temerarios, sin que lo pudiese impedir lo seguro de los principios, pues en la ciencia de Euclides y de Copérnico, que son los conocimientos naturales mas ciertos, se funda la de Cardano, que es el mayor de los desbarros. La persecucion de Anaxágoras, el decreto de los Atenienses prohibiendo la ciencia de los astros, y la vida de Sócrates, dió nueva luz á la Filosofia mas útil, mas cómoda, y de mejores conse-

qüencias. Halló Sócrates, preguntándose á sí, lo que todos sus antecesores no habian hallado en el cielo: un Dios, y encantado con las puras máxîmas de su moral, despreció toda inquisicion de la naturaleza. Tal es nuestro temperamento: no evitamos un extremo sin precipitarnos en el opuesto. Platon sigue á Sócrates, y síguele en casi todo, aunque haciendo uso con juicio y con acierto de la Física y Matemática. Aristóteles puso la última mano, dando lugar entre la esterilidad de los preceptos á las gracias del hermoso arte de persuadir, á la amenidad de las bellas letras, para hacer de un filósofo, no un ente abstracto, sino un individuo de la sociedad: pues la sátira del Estoico Cleanto, que los *Peripatéticos eran semejantes á los instrumentos músicos, que hacen ruido sin entenderse á sí mismos*, les conviene tanto á ellos, quanto de ningun modo á su maestro.

C *Llegó al exército* (en el sitio de Sevilla) *en el que obró tanto, que mereció dexasen á su eleccion las condiciones del triunfo.*

Proponiendo los Moros al Santo Rey, que se entregarian, si les dexasen derribar la principal Mezquita, los remitió al Infante, que respondió con heroyca resolucion: *Si arrancaban una sola texa, haría pasar á cuchillo los Moros de ambos sexôs.* Ocurrieron segunda vez al Rey, que se darian, si se les dexaba arruinar la torre, que él haría otra. Mandados al Príncipe, respondió, *que con quitar un ladrillo, perderian todos la vida.* Conociendo cumpliría su palabra, se rindieron.

D *Idioma* (el Español) *que un Héroe que los poseía todos, le prefería como el mas á propósito para llevar sus suspiros á la Divinidad.*

Carlos V, que hablaba el Flamenco, el Aleman, el Español, el Frances, y el Italiano, solia decir con tanta gracia como razon, que para emplear estas lenguas segun el uso á que eran adequadas, se debia hablar Italiano á las mugeres, Aleman á los caballos, Francés á los hombres, y Español á Dios. Que los Alemanes hablaban como carreteros, los Ingleses como niños, los Italianos como enamorados, los Franceses como amos, y los Españoles como Reyes.

E *Es la Jurisprudencia el alma de la sociedad, &c.*

Hijas de la malicia de los hombres son las leyes. No hubiera castigos á no haber iniquidad. La propension de todos á lo justo haria ociosos los premios. Deseando todos lo lícito, no tuvieran límites los deseos. Pero pasado este tiempo, que jamas ha exîstido sino en las fogosas imaginaciones de los poetas: pero rota la igualdad, fué preciso se ligasen las sociedades con el sagrado nudo de las leyes. Moyses, así como fué el primero de los escritores, lo fué tambien de los físicos y legisladores. Raros vestigios nos quedan de los tiempos heroycos: solo puede decirse de tan caduca antigüedad, que la menor complicacion de las necesidades hacia mas sencillos los reglamentos. Empezó Grecia á florecer en filósofos como en Generales. Aténas y Esparta las mas

pingües produxeron los mas célebres: tuviéron leyes, pero leyes que caracterizaban el genio de ambos pueblos. Pocas, concisas, duras las de Lacedemonia formaban unos racionales intratables, unos guerreros feroces, una junta amarga, y una nacion virtuosa. Cultas, sutiles, dulces las del Atico constituian una union agradable, unos hombres civiles, unos héroes humanos, y una nacion veleidosa, altanera y desigual. Aquellas convenian á un pueblo sobrio: estas á uno voluptuoso. Su rigidez vinculó en las unas su duracion: su condescendencia reduxo á las otras á su inobservancia. Nació Roma, tuvo Soberanos, y con ellos leyes, que convenian á su despotismo. En tiempo del último, Sexto Papirio formó el Código, que lleva su nombre, primera porcion del Derecho escrito, que compuso el Romano. Abrogó su uso, si es que le tuvo, la extincion de sus promulgadores, y el odio de su memoria. Siguióse la ley Tribunicia de corto intervalo, pues conociendo su rusticidad, quisiéron mejorarla. Dió Grecia leyes á Roma ántes de recibirlas. Forman los Decemviros en las doce tablas el perpetuo monumento de su justicia, de su prudencia, de su integridad; empero congeniando mas la gravedad Romana con los monosílabos Espartanos, que con la loquacidad Atica, hizo leyes justas, pero ilegibles, equitativas, pero obscuras. De aquí la necesidad de comentarios: de aquí la precision de interpretar el Derecho: de aquí la conseqüencia de embrollarlo: y de aquí el Eliano, el Flaviano, las acciones de la ley, que junto con los arrebatos del pueblo, los bullicios de los Gracos, las corrupciones de Druso, las tiranias de Sila, dió ocasion á los Plebíscitos, á los Senatus-consultos, al Derecho honorario, y formó del Civil una ciencia intratable y horrorosa. Nueva mudanza. Cae la República. Erígese, ó renuévase el Trono, y en el capricho del que le ocupaba toda ley, ó derecho. Imperando Diocleciano únense las Instituciones de los antecedentes Monarcas en los Códigos Gregoriano y Hermogeniano del nombre de sus compiladores. Perfeccionó Roma su ciencia. Muda el Imperio de Silla. Divídese. Teodosio el Joven en Constantinopla hace formar su Código, que la irrupcion de los Bárbaros hizo inútil en el Occidente. Roma despues de saqueada vuelve á tener la forma de Imperio. Emplea Justiniano en el Oriente diez famosos Jurisconsultos para que coordinasen en un cuerpo todo el Derecho antiguo, que habia en catorce siglos padecido tanta variacion. Ponen estos fin á la vasta empresa, dando en el Digesto, ó Pandectas un resumen de dos mil libros, y de doscientas mil sentencias: en la Instituta un epítome del Derecho, y un método para facilitar su inteligencia: en el Código la recoleccion, de las Constituciones Imperiales, y en las Novelas y Auténticas un suplemento al último, que completó la obra; mas los Godos y demas Septentrionales, que hiciéron ningunas las de Teodosio, no diéron lugar á las de Justiniano.

Cede Honorio lo que no podia mantener. Toca á los Visogodos España. Conquistada, fué preciso fortalecerla con el baluarte de las

leyes. Una de las primeras vedó todas las extrañas. Al mismo tiempo disfrazó Alarico las de Teodosio, y acomodadas al carácter de la nacion se las presentó en 506, habiendo un siglo se gobernaba por costumbres semibárbaras. Casi otro despues, imperando el ilustre Leovigildo, las mejoró el grande Isidoro. En Toledo en el mismo siglo se publicó el memorable Fuero Juzgo, que dos despues, perfeccionado por Egica, completó el Código Godo. Siguióse á poco la funesta catástrofe de la Monarquía. Vencedores los Árabes desde Gibraltar á las Indias, füéron necesarios vasallos antes que leyes. Tuviéronlos á costa de prodigios Leon, y despues Castilla, y esta y aquel en el onceno siglo las dictáron, haciendo Alfonso el V. un Derecho Gótico-Leonés, que se conservó en el reyno hasta el tiempo del nuestro. Sancho, convocada la nobleza para vengar la muerte de su inmortal padre, formó el famoso Fuero, que se conoce por el Viejo de Castilla, único que se observaba en sus Tribunales. Unense ambos Estados en Don Fernando el Magno; pero quedó cada uno fuertemente asido á la observancia de sus leyes. Extendidos sus dominios lo fueron tambien sus Fueros, con antelacion el de Don Sancho, en especialidád en Castilla la Nueva, ó en atencion á sus pobladores, ó porque siendo un Código Militar, congeniaba con aquella Era, adequando sus privilegios á inspirar el espíritn de conquista. Ensancháronse estas prodigiosamente con los sudores de los Fernandos y Alfonsos, y á su coronacion halló el nuestro casi otros tantos Cuerpos de Derecho Civil, quantas eran las aldeas de sus Estados. Jactaba Castilla el suyo, ostentaba Leon el propio, y cada pueblo de conquista con su Fuero Municipal hacia una legislacion aparte. La diversidad de señoríos, y la diversidad de vasallages aumentaba confusiones, y en el corto recinto de Castilla y Leon se alimentaba una Jurisprudencia tan complicada como la de la vasta Alemania.

F Alfonso, que tenia á su favor toda la presuncion del Derecho, ha reasumido este no pequeño blason de su talento (ser Autor de las Partidas).

La averiguacion del autor de las Partidas es uno de los puntos mas controvertidos en nuestros Fastos; pero deponen á favor del de la Crónica general la igualdad de la diccion, con una pureza superior á su siglo: la particularidad de ver su nombre en la letra inicial de cada Partida: así

ᐅ l servicio de Dios, y pro comunal de las gentes, &c,
⊢ a Fe Católica de N. S. Jesuchristo avemos monstrado.
ᕼ izo nuestro N. S. Dios todas las cosas muy cumplidamente, &c.
O nras señaladas dió N. S. Dios al ome, &c.
Z ascen entre los omes muchos enxecos, &c.
ᔕ esudamente dixeron los sabios antiguos, &c.
O lvidanza y atrevimiento son dos cosas que facen á los omes errar mucho.

Rasgo vivísimo del carácter del genio del Monarca, y sobre todo su confesion, quando entre sus últimos legados: *Otrosí* (dice) *mandamos al que lo nuestro heredare el libro que nos fecimos septenario. Este libro es de las siete Partidas*: siendo por cierto verosimil, que al modo que para sus tablas empleó quantos hombres hábiles pudo atraer su magnificencia, para este Cuerpo de leyes practicó las que dictó á sus Augustos descendientes, *et que las fagan con consejos de omes sabidores et entendidos et leales et sin cobdicia* (l.9, 17 y 19, tít.1, P.1). Por mas impropias que parezcan estas puntualidades á la naturaleza de una obra oratoria, el triste estado de la reputacion de nuestro héroe para muchos semidoctos, las hace precisas, y obliga á que algunas veces tome visos de apología el Elogio.

G *Celebrar los hechos del discípulo de Aristóteles, á quien de alguna suerte debió la salud, fuéron los altos asuntos de sus metros.*

Estando gravemente enfermo, la amena leccion de Quinto Curcio le recobró la salud, lo que le obligó á decir con el dialecto del Historiador á quien tanto estimaba: *Valeant Avicenna, Hippocrates, Medici cæteri; vivat Curtius sospitator meus.* Á Dios Avicena, Hipócrates, Médicos todos: viva Curcio mi conservador.

H *Consultó Archivos, juntó noticias, adquirió luces, y presentó al fin una* (Historia).

En dos recibos suyos dice: " Sepan quantos esta carta vieren como yo Don Alonso, &c. Otorgo que tengo de vos el Prior y Convento de Santa María de Náxera prestados estos libros: las Adiciones de Donato, Estacio de Tebas, el Catálogo de los Reyes Godos, el libro Juzgo de ellos, Boecio de Consolatione, un libro de Justicia, Prudencio, Górgicas de Virgilio, Epístolas de Ovidio, la Historia de los Reyes, Isidro el menor, Donato el Barbarismo, el Comento de Ciceron sobre el sueño de Scipion; é otorgamos los enviar tanto que los hagamos escribir; é porque esto no venga en duda, os do esta, &c. &c." Y en otro á favor del Cabildo de la Iglesia Catedral de Avila, el libro de los Cánones, las Etimologías de S. Isidoro, las Colaciones de Juan Casiano, y el Luca, sino es el Lucano. Las observaciones aquí obvias las conocerá qualquiera que reflexîone.

I *Y aunque la memoria de Geber, de Albategnio, de Arzakel y Alhá no sea ménos cara que la de Galileo, de Kepler, de Casini, y la Lande, &c.*

Geber, célebre matemático, é inventor, ó adicionador del Álgebra. Albategnio, gran astrónomo. Arzakel, el que denotó la obliquidad de la eclíptica de 23° 33′. Autor de una hipótesis ingeniosísima con la que explicaba, ya la excentricidad del sol, ya su movimiento apogeo. Estribaba en hacer mover el centro de la órbita solar en otra pequeña, mediante la qual, aquel podia aproxîmarse, ó alejarse perió-

dicamente de nuestro globo. Idea, que para explicar las desigualdades del sol fué adoptada por Copérnico, y cuya dichosa aplicacion para otras investigaciones ha sido el fruto de los trabajos modernos. Alhá, el primero que habló de los crepúsculos, y el primero que demostró quan útil era en la Astronomía la doctrina de las refracciones, de que sus antepasados no cuidaban, escribió un tratado de Óptica.

K' Llamó Alfonso á su sombra quantos profesores Christianos, Judios, Arabes, de España, de la Europa, del Oriente pudo juntar su magnificencia.

El mismo Alfonso en su libro del Candado, dice, que teniendo noticia de un gran astrónomo, que habia en Egypto, mandó por él: acaso entónces tendria el Soldan noticia de su erudicion.

L El los presidia, y en su ausencia sus maestros.

Segun el prólogo de un Códice antiquísimo de las Tablas: " Mandó „ el Rey se juntasen Alen-Raghel, y Alquibicio, sus maestros, de Toledo: Aben Musio y Mahomat de Sevilla, y Joseph Aben Alí y „ Jacobo Ab-vena de Córdoba, y otros mas de cincuenta, que traxo „ de Gascuña y de París con grandes salarios, y mandóles traducir el „ Quadripartito de Ptolomeo, y juntar libros de Mentesam y Algazel. „ Dióse este cuidado á Samuel y Jehuda El-Conheso, Alfaquí de Toledo, que se juntasen en el Alcazar de Galiana, disputasen sobre el „ movimiento del firmamento y estrellas. Presidian, quando allí no estaba el Rey, Aben-Raghel y Alquibicio. Tuvieron muchas disputas „ desde el año de 1258 hasta el de 1262, y al cabo hicieron unas tablas tan famosas como todos saben: y despues de haber hecho esta „ gran obra, y de haberles hecho muchas mercedes, los envió contentos á sus tierras, dándoles franquezas, y que fuesen libres ellos y sus „ descendientes de pechos, derechos y pedidos, de que hay cartas fechas en Toledo á 12 dias andados del mes de Mayo Era 1300." Hasta aquí el Prólogo.

M El era su censor, &c.

En uno de los libros de la esfera, que mandó traducir, se lee: " E despues lo enderezó é mandó componer este Rey sobredicho (Alfonso) é tolló las razones, que entendió eran sobejanas, é dobladas, „ é que no eran en castellano derecho, é puso las otras que entendió „ que cumplia, é quanto en el lenguage, enderezólo él por sí."

N El los acompañaba á observar para lo que los tenia junto á su persona, &c.

Una escritura, que conserva la Santa Iglesia Hispalense de 25 de Agosto de 1254, dice, que pidió el Rey al Arzobispo y Cabildo unas Mezquitas de las que les habia dado en el repartimiento, *para morada* (son sus palabras) *de los Físicos, que vinieron de allende, y para*

tenerlos mas cerca (lo estaban al Alcazar) *é que en ellas fagan la su enseñanza á los que les hemos mandado que nos lo enseñen por el su gran saber, ca por eso los hemos ende traido, &c.*

O La invencion, aun quando la engendra el estudio, es hija de la casualidad: y á pesar de tantos hallazgos de que nos jactamos no está disminuido el inventario de nuestras ignorancias.

Sin considerar la dulzura de los órganos, y la ingeniosidad de otras máquinas hidráulicas debidas á un hombre sin estudio: los microscopios dobles y sencillos á artesanos sin letras: los beneficios del iman al regaton de un cayado: las utilidades del telescopio á las travesuras de dos niños: la furiosa composicion de la pólvora á la fuga de una chispa, inventos de pura casualidad, en los que tuvo parte el estudio, tuvo poca parte. Todos los astronómicos, que facilitó un acaso, se presentaron sin buscarlos, y los soberbios descubridores modernos quedarán mas humanos, en acordándoles las circunstancias de sus hallazgos. A Pascal enriqueciendo la inútil Rabdología entre los arrullos del sueño: á Descartes hallando su preciosa analisis entre los esperezos del mismo, y á Newton concibiendo los cánones de su asombroso descubrimiento en edad, que apénas se pueden concebir ideas. Recibiendo empero con docilidad tan provechosos presentes, y tributando á sus dueños el honor, que se merecen ¿tanto han hecho las diferenciaciones? ¿Tanto las integraciones? ¿La pomposa realidad de haber sujetado el infinito al cálculo (proposicion que horroriza á los que no alcanzan lo limitado de aquella infinidad, y á los que ignoran que alguna vez los Matemáticos se valen de ideas mas abstractas, mas metafísicas, que las que vituperan en la escuela) ha perfeccionado nuestros conocimientos? Á corta diferencia en la carta del pais de nuestros alcances no estan mucho mejor demarcados los términos de las provincias de las ciencias que lo estaban ahora tres siglos. En el reyno mineral se ignoran sus límites, casi todas sus propiedades, y la mayor parte de sus producciones. En el vegetable igual ignorancia. En el animal mayores dudas. Aun está por resolver el arduo problema de la naturaleza de sus habitantes. El que los alienta con solo espíritus animales, tiene el mayor séquito, si no los mejores fundamentos. El que los abate á la simple clase de autómatos, tiene fuertes razones, é ilustres patronos. El que los condecora de racionales de esfera inferior, tiene mejor causa, aunque pocos abogados. La misma incertidumbre reyna en los particulares territorios de este gran mapa. En el de la Geografía la escasa noticia del dilatado espacio, que en el emisferio meridional se desconoce, dexa mucho que ignorar, y pendiente la gran duda de si al vasto terreno de Europa, Asia, y Africa le une con la América, formando del mundo un solo continente: aun sin salir del nuestro, apénas conocemos mas que los bordes de nuestra vecina Africa. En el de la Pintura, Escultura y Arquitectura Civil, lejos de tener mejoras nuestro siglo, tiene bastantes desmedros: ni son menores

los de la Armonía. En el de la Historia milenarios enteros se hurtan á nuestra curiosidad, é ignoráramos nuestros principios sin la sencilla y divina narracion de Moyses: en la variedad de los demas depositarios de nuestros Fastos, solo aprendemos á dudar y á conocer, que jamas las verdades históricas verificarán su entero divorcio de las fábulas. En el de la Astronomía aun se duda si entre los movimientos, que prestan á los astros fijos, los que no lo son, ó las ilusiones ópticas de los que los observan, pueden tener alguno real: si estos distantísimos soles tienen séquito de estrellas errantes. El cortejo de tres de las del nuestro está conocido; pero no el de las demas, que pueden tenerlo, como en efecto se empieza á sospechar en una. En la Náutica, aun está por saber el modo fijo de obrar de los dos inconstantes elementos sobre aquella máquina, portentoso invento de la industria y codicia humana; y no obstante es el primer paso que debe darse en la ciencia naval. La longitud en alta mar es doble tormento por lo que se necesita, y por lo que cuestan sus flacas correcciones. En el de la Geometría, la quadratura del círculo, la triseccion del ángulo, son lo que en la Física el movimiento perpetuo, y en la Chîmica la piedra filosofal, imposibles á nosotros, y tal vez en sí no imposibles. En el de la Medicina, en el de la.... ¿Pero se puede sujetar á cálculo el guarismo de nuestras ignorancias? Nada sabemos. Los objetos con quienes mas nos familiarizamos, solo nos traen confusiones. No inquiero ¿que cosa sea la fuerza centrípeta? Que la centrífuga? Que la atraccion? Que la elasticidad? Que la electricidad? Qual la causa del diáfano? Con menos me satisfago. ¿Que es la pesadez de los graves? Que es la luz? Que es el fuego? Las virtudes de aquella piedra, piedra de escándalo de la Física, escollo de los talentos humanos, su atraccion, su direccion, su comunicacion, sus variaciones son otros tantos martirios, son otros tantos imposibles. Ah! nacimos para gozar lo preciso, no para averiguar lo superfluo. ¡Desdichadas urgencias del hombre, si tardara el conocimiento de los remedios lo que el de sus causas!

P Contribuyó Alfonso con sus obras á la Jurisprudencia, Filosofía, Astronomía, Historia y Poesía.

La penuria de los tiempos, y mas que todo una original desgracia anexa á nuestro Príncipe, hace que sus obras se oculten al mayor número de los particulares: este es el catálogo de las genuinas.

Como Legislador.	El Fuero Real, ó el Fuero del Libro. Las Partidas. La traduccion, ó enmienda del Fuero Juzgo.
Como Filósofo	El libro del Tesoro, que contiene las tres partes de la Filosofía. El del Candado, todo de Chîmica.
Como Astrónomo	Las Tablas en que tuvo parte. La correccion de quanto facultativo se traduxo á su idioma.

Como Historiador.
- La General de España.
- La Universal, perdida en parte, ó no acabada.
- La de las Cruzadas.
- El libro que llamó Septenario, y antecedia á las Partidas, en que puso un magnífico elogio de su padre.

Como Poeta.
- Los Cantares, ó cántigas.
- La Vida de Alexandro.
- Las Querellas.

¿Y por ventura son estas las solas obras de Alfonso? La conducta de los Reyes arregla la de su palacio, la de su corte, la de su reyno, y Alfonso Sabio hizo erudito á su palacio con sus producciones, con las de su hijo Don Sancho en el libro de los Documentos, que dictó á su primogénito, á quien quiso dexarle su doctrina, ya que no sus exemplos: con las de su sobrino Don Juan Manuel, en los que dió á luz, de todos conocidos, de todos celebrados: á su corte con los desvelos de tanto literato: este haciendo las obras de Ptolomeo, adorno del nuevo dialecto, aquel las de Aben-Raghel, el otro las de Albategnio: á su reyno erigiendo estudios, ampliando Universidades, dotando cátedras: aquí una sociedad, que trabaja en la Astronomía, á quien se deben las célebres Tablas: allí otra junta, que se aplica á las lenguas sabias, á quien se debe la paráfrasis de toda la Historia Bíblica. Todo se debe á quien lo promovió todo: á el que cuidaba hasta de los últimos perfiles, siendo tan bien acabados los que de su mano conserva en sus archivos la Primada de las Españas, que pueden ser modelo del mas hábil pendolista. O nacen hombres como para muestras de los alcances de nuestro espíritu, ó, lo que es mas cierto, para confusion de los demas.

Q *Quando el soberbio Támesis, quando el rico Texêl no cargaban sobre su espumosa espalda mas que embarcaciones mercenarias servibles en la necesidad, que se presentaba rara vez, ya abrumaba las del cristalino Betis Esquadra Real, y perpetua, suficientemente numerosa para dar la ley al poco arado océano.*

Esta armada fué uno de los despojos, que llevó tras sí la ruina del que la erigió. La Atarazana fuelo tambien del tiempo en mucha parte; pero no pudo serlo de uno y otro la preciosa escritura, ó llamémosle mejor la cabal ordenanza de Marina, que en el primer dia de Enero de la Era 1293 promulgó Alfonso, abrazando el armamento y servicio de las naves, el premio y trabajo de sus cómitres, y quanto conducia á su arreglo y economía, y Era 1298 creó Adelantado mayor del mar, justificando su eleccion con estas palabras de su privilegio: *Por gran sabor que habemos de llevar adelante el fecho de la Cruzada de allende del mar, á servicio de Dios, y exâltamiento de la Christiandad, é por pro de Nos, é de nuestro señorío, hacemos nuestro Adelantado, &c.*

R Si el Navarro, si el Aragones, sin mas motivos que miedo, quieren oponerse á sus designios, Alfonso les hace frente, y luego queda este amigo, aquel vasallo.

Ningun Estado de nuestra Península ha experimentado mas las vicisitudes de la fortuna, que Navarra. Tan antiguo como Leon, en Don Sancho el Mayor unió los dominios mas vastos, que hubo despues de la irrupcion de los Agarenos. Por su muerte costóle la gloria de que quatro hijos, y cinco nietos dominasen la España fiel, que la erecion de Aragon y Castilla en reynos, formase los tiranos, que desconocidos á su origen, mas de una vez habian de forjarle su esclavitud. Navarra, pues, tronco de los Monarcas de Castilla, Aragon y Sobrarbe, toma al segundo el Rey que le habia dado, y reconoce vasallage á un Alfonso de Castilla, poco ántes su vasallo. Vueltos á unir en el Batallador estos dominios todos, llamóse Emperador de España. Harto pronto desapareció su imperio. Huye con su muerte esta gloria pasagera, y sepárase Navarra de Aragon para que cada uno de sus Reyes Don Garci-Ramirez, y Don Ramiro presten nuevo omenage á Castilla. El inmediato sucesor en la primera toma por blason una banda, geroglífico de su Estado, en quien ensangrentaban sus garras dos Leones, el Aragones y el Castellano, único fruto del desacierto de Don Sancho; si bien la que no pudiera resistir á uno, con los zelos de los que la codiciaban, se mantenia. Miéntras él mismo, que tambien conocia la constitucion de su reyno, mejora esta divisa, ganando en el puerto de Muradal el inmortal blason de su escudo, pasa por su muerte su corona, que habia vagado el espacio de mas de cinco siglos por todos los cetros de España, aunque sin quebrar la linea masculina de sus primeros Reyes, á orlar las sienes de un Príncipe Frances: el segundo Don Teobaldo el Menor fué él que reconoció tercera vez á nuestro Don Alfonso, obligándose á ir, ó enviar su Lugarteniente á las Cortes, y servir en la guerra con doscientas lanzas.

No han sido menores desde esta época hasta nuestros dias las mudanzas de este reyno. Oigámoslas. Fenecida en dos poseedores la segunda casa, pasó la matriz de tantas Coronas á ser un rayo de la de Francia, durante el imperio de sus cinco Reyes desde Felipe el IV. hasta Cárlos el Hermoso. Entra el dominio de sus quatro dueños Condes de Evreux, que se ocupan mas en sus intereses de la otra parte de los Pirineos, que del gobierno de Navarra: vuelve esta á un Príncipe Español en el Infante Don Juan, quien mudada la cavala de Francia por la íntriga de Castilla, dexa de regir un reyno por perder un particular: hacelo en su ausencia el ilustre Príncipe de Viana Don Cárlos, que á imitacion de Don Sancho el Sabio tomó por divisa dos lebreles, que devoraban un hueso, imagen de la descarnada Navarra; y aunque Aragon, poco despues unida en su padre, no tenia papel en la scena, substituia su lugar Francia: suerte infalible de Estado pequeño entre vecinos formidables. Por el fallecimiento de Don Juan entró Navarra en la Casa de Fox, y haciéndose su linea quinta vez trans-

versal, ocupó el cetro Don Juan de Labrit, del que desposeido por Don Fernando el Católico, pasó su reyno á ser porcion del Castellano, ántes su porcion, y las reliquias de la sangre de sus últimos poseedores corrian en las venas del Monarca Frances Enrique, tan conocido por el Grande, como por el Bueno.

S Vosotros, Príncipes, que ó recibisteis el cíngulo militar, &c.

Armar Caballeros era una señal de gran poder en el siglo de Alfonso, y aun las leyes señalan la condescendencia y sujecion en que quedaba el que recibia con el que dispensaba la Caballeria. Fuéronlo por Alfonso, Rodulfo, despues Emperador, primer Xefe de la Casa de Austria. Quatro, despues Reyes, Eduardo de Inglaterra, Sancho de Castilla, Dionisio de Portugal, Aboaldile de Granada. Tambien Felipe hijo del Emperador de Constantinopla, Alfonso y Juan hijos del Rey de Jerusalen, sus hijos Felipe, Manuel, Fernando y Juan. Guillermo Marques de Monferrat, Gaston de Bearne. Tambien fueron sus vasallos, pues cobraron sus pensiones, excepto el Ingles, todos los antecedentes, y á mas el Rey de Navarra, Aben Jachoch Rey de Niebla, Mahomat Aben Mahomat Abenhuc Rey de Murcia, Guido y Enrique Duques de Borgoña y Lorena, Guido Conde de Flandes, el Conde de Barcelona, y otro Guido Vizconde de Limóges.

T Tú, ilustre Mondejar, &c.

El célebre Marques, historiador exâctísimo de nuestro héroe, que debe ser registrado de quien quiera instruirse en su vida, cuya narracion hemos seguido casi siempre; aunque sin dexar de consultar quantos escritores del asunto ha podido juntar nuestra diligencia.

V Desheredó, maldixo al instrumento de sus males, &c.

Parece que se empeñó el cielo en justificar lo merecido de estas anatemas. No gozó Castilla un reynado feliz en muchos años: al turbulento y fugaz de Sancho siguió el de su hijo el Emplazado, teatro de las mayores alteraciones en sus principios, y que dió al orbe la trágica scena de su anticipado fin. Alfonso, muy semejante al nuestro, empezó á vivir y á reynar casi al mismo tiempo; ¡pero que furiosos vientos de guerras civiles no agitaron el proceloso mar del reyno! Pudo sosegarlos, y cortar muchos laureles, quando por un efecto de los crímenes de su abuelo, dexó entre victorias y entre enemigos su floreciente vida; y al modo que la familia de los Césares acabó en Neron, la sucesion legítima de Sancho acabó en Don Pedro, alcanzando hasta su quarta generacion la terrible fuerza del agraviado padre, que ni dexó á esta esclarecida descendencia madurar su edad, ni acabarla en el lecho.

X El mismo que tenia dispuesto llevar los caballos Andaluces

á Tánger, traxo hasta Córdoba los ginetes Africanos: empeñó su diadema, &c.

En este apuro mandó á Don Alonso Perez de Guzman, quien por desavenencias con el mismo Alfonso estaba refugiado en Fez, y valido de su Soberano, su corona y una carta, pidiéndo un empréstito sobre ella; ¡pero qué carta! Parece que la dictó su misma necesidad. ¡Que vehemencia en la expresion! ¡que energía en la demanda! ¡que decoro en la súplica! ¡que modestia en la acusacion! ¡que sencillez en la narrativa! ¡que magestad en las quejas! Al que conozca el estilo epistolar, y penetre la gravedad de aquellas expresiones, que el no uso ha antiquado, presentamos este precioso rasgo de eloqüencia, perfecto en su linea, y el mejor remate del Elogio de Alfonso el Sabio.

" Primo Don Alonso Perez de Guzman: la mi cuita es tan grande, „ que como cayó de alto lugar, se verá de lueñe: é como cayó en „ mí, que era amigo de todo el mundo, en todo él sabrán la mi desdicha, é afincamiento, que el mio fijo á sin razon me face tener con „ ayuda de los mios amigos, y de los mios Perlados, los quales en lugar de meter paz, no á escuso, ni á encubiertas, sino claro, metiéron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo ampa„ rador, nin valedor, non melo mereciendo ellos, sino todo bien que „ yo les fice: y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia „ de servir, é ayudar, forzoso me es que en la agena busque quien „ se duela de mí: pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná „ en mal que yo busque los de Benamarin. Si los mios fijos son mis „ enemigos, non será ende mal que yo tome á los mis enemigos por „ fijos: enemigos en la ley, mas non por ende en la voluntad, que es „ el buen Rey Aben Juzaf: que yo lo amo, é precio mucho, porque „ él non me despreciará, ni fallecerá, ca es mi atreguado, é mi apaz„ guado: yo sé quanto sódes suyo, y quanto vos ama, con quanta „ razon, é quanto por vuestro consejo fará: non mirédes á cosas pasadas, sino á presentes. Catá quien sódes, é del linage donde venídes, é que en algun tiempo vos faré bien: é si lo vos no ficiere, „ vuestro bien facer vos lo galardonará: que el que face bien nunca „ lo pierde. Por tanto el mio primo Alonso Perez de Guzman faced „ á tanto con el vuestro señor y amigo mio, que sobre la mia corona „ mas averada que yo he, y piedras ricas que ende son, me preste lo „ que él por bien tuviere: é si la suya ayuda pudiéredes allegar no „ me la estorbédes, como yo cuido que non farédes; ántes tengo que „ toda la buena amistanza que del vuestro señor á mí viniere, será „ por vuestra mano: y la de Dios sea con vusco. Fecha en la mia sola „ leal ciudad de Sevilla, á los treinta años de mi reynado, y el primero „ de mis cuitas. = EL REY."

